

LA NOVELA DE NOCHE



Mikura xxv.

1
pts.

Una española en México
Joaquin Belda

BIBLIOTECA REGIONAL



1157370

DMU

10459

Tit 94145

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

A P A R T A D O 4 7 3

Año II Madrid, 15 de noviembre de 1925 Núm. 40

UNA ESPAÑOLA EN MÉXICO

NOVELA

POR

JOAQUIN BELDA

Ilustraciones de MIHURA

UNA PESETA

MADRID

IMPRESA ARTÍSTICA. SAEZ HERMANOS

NORTE 21. - TELÉFONO 17 - 65

1925

R. 166.450

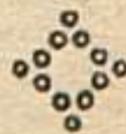


EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

MEMORIAS DE
UN LEGIONARIO

POR

JUAN FERRAGUT



PORTADA DE
DEMETRIO

I



o le había visto muchas veces en el paseo por Plate-ros, en algún teatro, en las mesas del bar de la Opera, que parecen departamentos de *sleeping*. Y siempre me había producido el mismo efecto aquel hombre: un efecto de rara simpatía mezclada con lástima, pero con una lástima noble, que nada tiene que ver con la compasión que inspiran los pobres de espíritu.

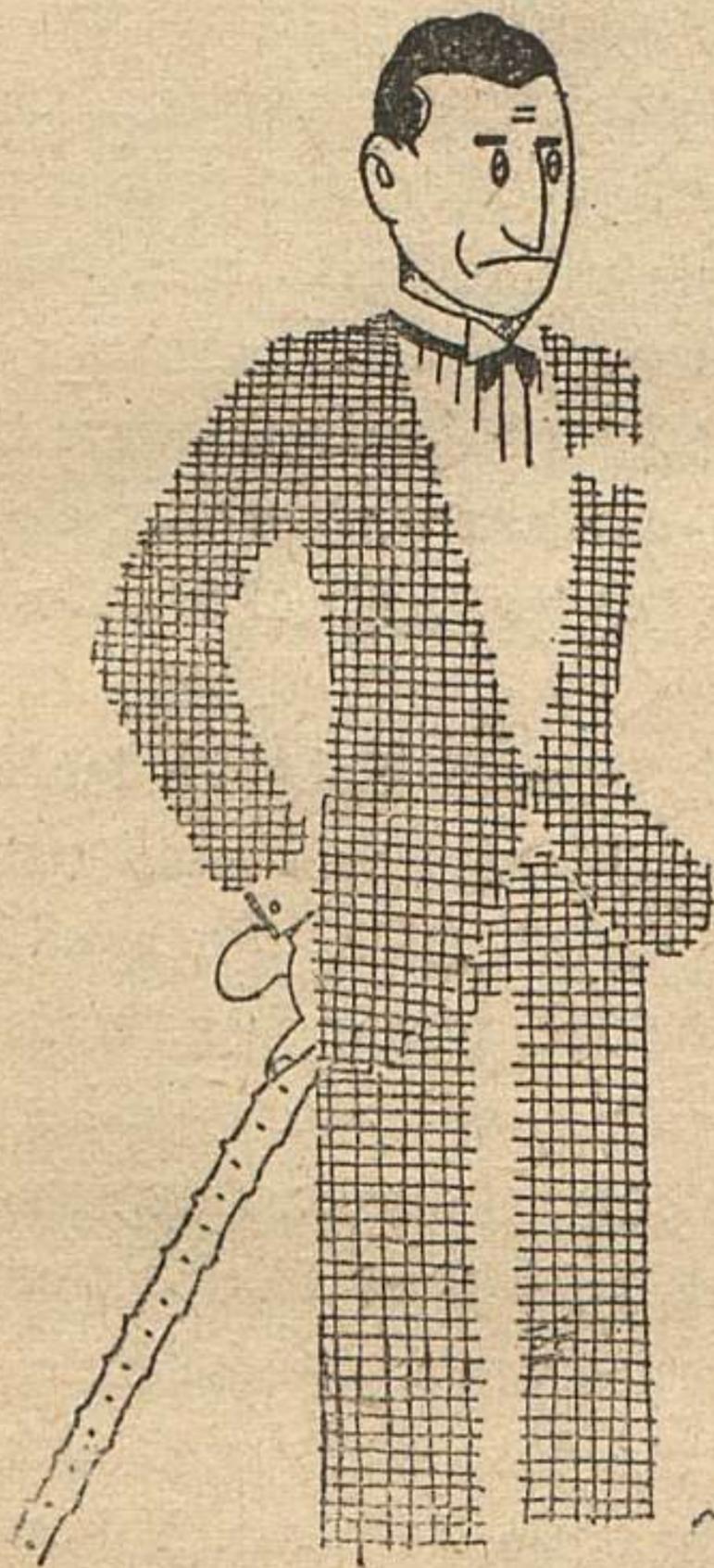
Indudablemente era un hombre triste: digno y elegantemente triste, pero a mí, de lejos, me pareció uno de esos seres que, por im-

pulso aristocrático de su espíritu, guardan la tristeza para sí, sin pretender amargar con ella las mezquinas alegrías de los demás.

Por eso Juan de Zabaleta, diputado al Congreso Nacional de los Estados Unidos Mexicanos, era un hombre que estaba en todas partes, que no dejaba de asistir casi a diario a todos esos sitios donde la gente dice que se divierte, apareciendo en ellos rodeado de un séquito de amigos, que eran de los más bulliciosos y gozadores de México.

Mas tarde formé yo parte de ese grupo, pero entonces ya sabía a qué atenerme respecto a las tristezas de Zabaleta: no sólo me las explicaba, si no que casi las compartía.

Pero ahora, cuando sólo le conocía de vista y de nombre, no dejaba de llamarme la atención aquel gesto constante de hastío, que no llegaba hasta la amargura, con que el hombre se presentaba casi siempre en público, ya fuera en el paseo de la una de la tarde por Plateros a bordo de su auto, que era uno de los mejores coches de la ciudad, ya entre copa y copa de coñac en el cabaret de Chapultepec.



Mikura
xv

Aquel gesto parecía querer decir:

—Bueno, ¿y todo esto para qué?

Terrible pregunta: por ella han empezado muchos místicos que han acabado sus días en la celda estrecha de un convento. Pero el amigo Juan no era de estos, ni mucho menos.

No era un misántropo, mas bien todo lo contrario: un hombre que buscaba con avidez la compañía de los demás, como si viéndoles divertirse, quisiera convencerse de que aun era posible la alegría en el mundo fuera de *aquello*.

El *aquello* de Juan de Zabaleta tardé yo poco en descubrirlo: bien es verdad que no hice yo solo la exploración. Me ayudó en ella, ¡como me ayudó a tantas cosas en México!, aquel muchachote rubio, uno de los mejores amigos de Juan, al que llamaremos aquí Dionisio Montes, pues si yo diera su verdadero nombre, se ofendería grandemente.

El fué quien me puso en la pista del por qué de las tristezas de Zabaleta. Y una vez en la pista, yo llegué hasta el fin, tanto, que casi se puede decir que las compartí por unos cuantos días, hasta que, con una fuga oportu-

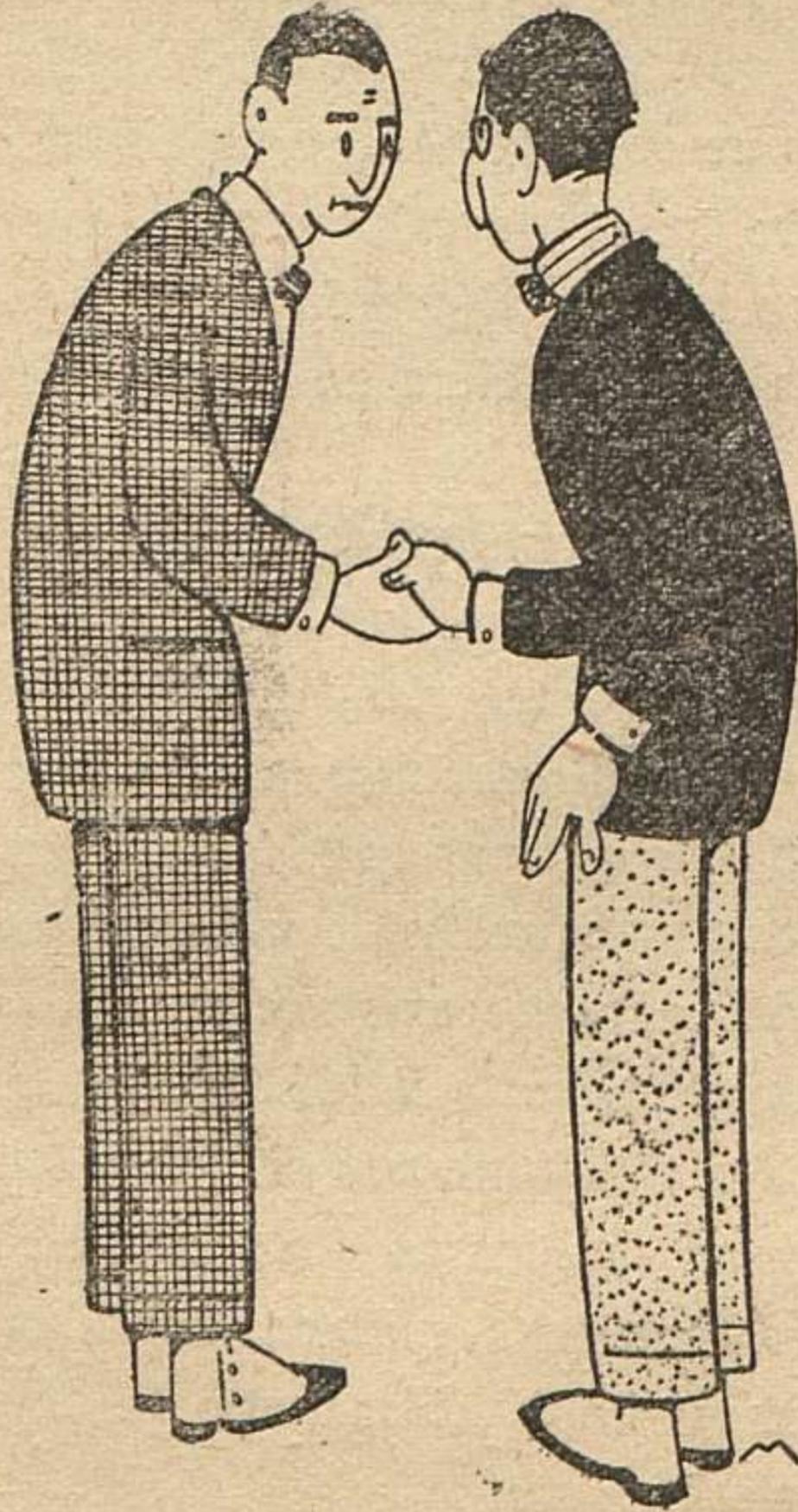
tunísima pude librarme de caer en el mismo abismo en que el diputado se debatía.

Fuí presentado a él un día por Ponce de León, un gran poeta mexicano, a quien en España no se conoce, porque en España están siempre muy ocupados, sobre todo los literatos, en mirarse al propio ombligo, como si fuera de él no hubiera en el mundo nada más.

Zabaleta y yo simpatizamos en seguida, lo cual puede que fuera mérito suyo más que mío, pero el caso fué que, desde el primer momento, nos unió una buena amistad; una relación cordial de esas que, forjadas en un minuto y con un apretón de manos, parecen contar varios años de existencia.

Mientras permanecí en México, estuve en comunicación constante con el diputado; como es natural, hablamos de muchas cosas, llegamos a hacernos mutuas confianzas, pero nunca me habló claramente de su gran tragedia interior.

Sé que a alguien esto de gran tragedia parecerá excesivo, sobre todo al conocer el asunto que motiva el empleo de tales voca-



Mihura
xxv.

blos grandilocuentes. En verdad que no hay hipérbole: cuando la fatalidad hace sufrir a un ser humano lo que Zabaleta llevaba sufriendo desde hacía una temporada cuando yo le conocí, bien puede hablarse de tragedia sin miedo a caer en exageración.

Pero el bueno de Juan no hablaba nunca de ella; guardaba su pena para sí, y aún no diría que ni a sí propio se atrevía a confesar-sela. Huía del tormento, procurando no razonar sobre él.

Es un buen sistema para librarse de las obsesiones, pero, como todos los sistemas, por buenos que sean, a veces no da resultado.

II

Una noche se me ocurrió asistir en el teatro del hotel Regis al estreno de *Cancionera*, de los hermanos Quintero.

Era una lástima que artistas tan excelentes como la Ladrón de Guevara y Rivelles, y compañía tan completa como la que los ilustres actores capitaneaban, trabajasen en un teatro como el Regis, que es sin disputa el más cursi de toda América... y casi me atrevo a decir de las cinco partes del mundo.

Pero ¡qué se le va hacer! No por eso iba yo a quedarme sin conocer la preciosa obra quinteriana, y sin admirar una vez más el trabajo de aquel matrimonio de artistas jóvenes.

Venciendo la repugnancia que me ispiraba penetrar en aquel templo de Cachupín, penetré en la sala la noche del estreno. Me acompañaba el doctor Albiñana, aquel famoso médico español de quien no es posible que se hayan olvidado mis lectores, a pesar de los años que lleva en México al frente de su clínica de enfermedades mentales.

Y aprovecho la oportunidad para decir que Albiñana triunfa en México, como hubiera triunfado en su país, si en él no fuera la envidia el vicio nacional por excelencia.

En las butacas posteriores a las nuestras estaba el ingeniero y periodista también español Ramírez, que sería el hombre más simpático de la colonia si no fuera por su eterna manía de discutir, que le da aspecto de teólogo bizantino. A pesar de eso, Ramírez es buena persona, y yo me acuerdo de él casi con tanto cariño como de la Virgen de Guadalupe.

Haría unos cinco minutos que se había alzado el telón para el primer acto de *Cancionera*, cuando en el proscenio de la derecha del público e izquierda del escenario,

apareció una muchacha que yo no me detendré a describir a ustedes, porque hay cosas en el mundo que no se describen.

¿A quién se le ocurriría ponerse a describir el cuadro de "Las lanzas", de Velázquez? El que no lo haya visto que se fastidie.

Aunque en general el público de América no es tan bullicioso ni tan... marchoso como el de algún otro país, y una mujer guapa no provoca nunca el alarido, la presentación de aquella joven en el palco produjo cierta sensación.

—¿Quién es?—pregunté a Albiñana.

—¿Pero es que no la conoces?

—Nada más que para servirla.

—¡Eso quisieras tú!

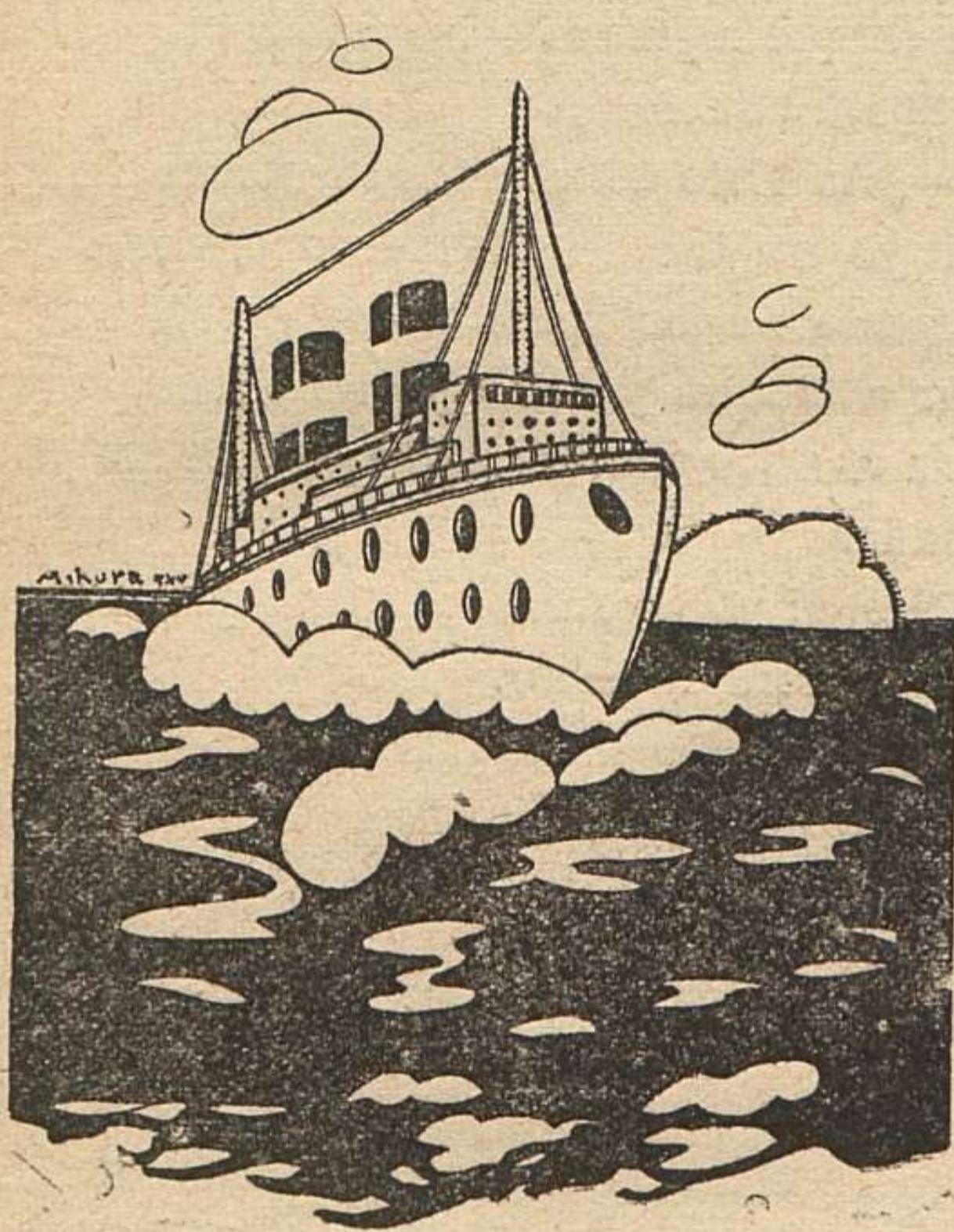
—Bueno, pero ¿quién es?

—Pues si es una paisanita nuestra, hombre; la honra de España. Es María Saura.

—¡Acabáramos!

—¿Quieren ustedes hacer el favor de callarse y no ser pelmas?—nos dijo Ramírez, desde su butaca.

El ingeniero tenía razón por primera vez en su vida.



Nos llamamos. Yo, por mi cuenta, me dediqué a recordar: desde que estaba en México, y ya iba para un mes, raro había sido el día en que alguien no me había preguntado en una u otra forma:

—¿Ha visto usted a las hermanas Saura?

Y yo era tan desgraciado que, hasta este momento no las había visto. Y veía sólo a una: a la otra ya no la podría ver porque hacía una semana que había embarcado para España.

Pero, si yo recordaba, quiero que tú también recuerdes, lector.

Hace de esto unos cuantos años: no recuerdo cuántos a punto fijo, pero sé que no pueden ser muchos. Madrid era todavía Madrid: la hermosa capital de mis amores no había sufrido todavía la bárbara invasión provinciana que, en cuatro o cinco años, ha hecho de ella una sucursal de Villarrobledo o de Don Benito. En el teatro de la Princesa y en la compañía de sus insignes propietarios, se presentó una actriz que, si como tal era buena, como mujer era una soberana hermosura.

Se llamaba Isabel Saura. ¿La recuerdas, lector? ¿Que no? Pues eres un caso de amnesia bastante grave, y debes ir en seguida a que te vean Sanchíz Barrios o Juarros.

Madrid entero se revolucionó; el escalafón de nuestros tenorios, más o menos profesionales, que va desde los dieciocho a los setenta y cinco años, se dedicó a ponerle los puntos a la muchacha. Un empleado de Hacienda, muy mi amigo, que ahora está de delegado en Canarias, se quiso suicidar por ella, y en casa de Esquerdo aumentó en un doce por ciento mensual el número de ingresados.

Al final de aquella misma temporada, la compañía Guerrero Mendoza marchó a América. Cuando volvió, al cabo de unos meses, ya no formaba parte de ella Isabel Saura. Se había quedado en México.

Y esta Isabel Saura era la que ahora acababa de embarcar en Veracruz con rumbo a España, donde no había estado desde entonces. La que acababa de entrar en el palco del Regis era María, la hermana menor, la cual no había podido armar en Madrid ninguna

revolución porque cuando su hermana se presentó en el teatro de la Princesa, debía ella tener a lo sumo siete u ocho años.

III

En el entreacto, María salió del proscenio y, sola, fué al escenario a saludar a los artistas de la compañía.

Para hacerlo tenía que atravesar todo el patio de butacas, y tenía—y esto era lo que a mí me interesaba—que pasar por al lado de las que nosotros ocupábamos, que eran casi de pasillo lateral.

Yo, a esta hermana, no la conocía. Desde mi llegada a México había oído hablar mucho de su extraordinaria belleza, y yo, cada vez que oía una de estas ponderaciones, no podía menos que pensar:

—Muy guapa tiene que ser la niña para que siquiera se parezca a su hermana.

Al verla entrar en el palco pude apreciar lo esbelto de su figura, lo gentil de su talla, que era la justa para no ser ni una gigante ni un repollo; de la belleza del rostro, más que ver, lo que hice fué adivinar: la sala estaba a oscuras, el proscenio estaba algo lejos de nosotros, y además María llevaba uno de esos sombreritos de última moda que acaban justamente donde empieza el brillo de los ojos.

Pero esto de la belleza parece que es cosa que se adivina: o es que acaso haya en nosotros una vista especial sumergida de ordinario en el subconsciente, que nos anuncia, sin equivocarnos, lo que hemos de ver más tarde con los ojos de la cara. ¡Quién sabe! ¡No se sabe nada!—como dice aquel personaje de *La Prisa*, de los Quintero.

Lo cierto es que yo, tan atento al rostro de María, como a las incidencias poéticas del primer acto de *Cancionera*, no dejaba de decirme:

—Esa mujer es guapa, muy guapa; yo no lo veo muy claro desde aquí, pero me ju-



Mihura
XXV.

garía el cuello a que la Venus del Capitolio a su lado es un gendarme.

Lo que sí veía, resaltando en la semioscuridad de los reflejos de la batería, era la elegancia natural de su gesto. Aquella muchacha era elegante sin afectación, sin proponérselo; como lo es el corzo, como lo son algunos tigres...; algunos, pues hay otros casi tan cursis como un alpinista.

María iba vestida de oscuro; otro motivo más para mi admiración. Amo a las mujeres vestidas de oscuro, y a los toreros vestidos color tabaco... Claro que a estos últimos los amo de otra manera que a las mujeres.

Llevaba joyas, pero pocas: las suficientes para que en toda su figura no hubiera más brillo que el de sus ojos, y pudiera uno además convencerse de que eran éstos los que brillaban más que todas las joyas del mundo.

—Me gustaría verla de cerca—dije a Albiñana, al comenzar el entreacto.

—Tú siempre has sido persona de buen gusto.

Y de pronto, como si Dios, que es tan bueno, hubiera escuchado mis palabras, la

señorita Saura se alzó en su asiento y, dejando en el palco a la señora que la acompañaba, bajó a la sala para dirigirse al escenario.

Enmudecí: iba a pasar por nuestro lado, iba a poder contemplarla a mi sabor durante un cuarto de minuto. Seguramente confirmaría, acerca de su belleza, la opinión que entre todos en México me habían hecho formar.

Pasó, la vi, y no me sincopé porque yo, eso de los síncope, no lo concibo más que en los juguetes cómicos.

¿Era guapa?... Los que me habían informado resultaban unos tímidos. María Saura era mucho más guapa que todo lo que pudiera decirse. ¡Dios la bendiga!

Pendiente estuve todo el entreacto de la puertecilla que comunicaba el escenario con la sala: por allí tenía que salir ella.

Y salió, en efecto, cuando ya iba a comenzar el segundo acto. Y volvió a pasar por nuestro lado.

La seguían, como un cortejo, las miradas todas del público; algunos la saludaban y

ella contestaba con una sonrisa. Lo que no se oía era ese rugido con sordina que en los teatros de algunos países muy castizos acompaña siempre el desfile de una mujer hermosa.

Yo mismo acaso faltase a mi deber histórico no acogiendo con un piropo, más o menos de Valdepeñas, el paso de aquella criatura. Pero me faltó valor; yo, ante la verdadera belleza, soy muy tímido.

Hay quien dice—yo lo ignoro—que a las mujeres place mucho que las piropeen; será verdad, pero a las mujeres no siempre se les ha de dar todo lo que les place.

María tornó a su puesto, y la representación de *Cancionera* continuó.

En el escenario lucía otra belleza ya proverbial: la de la primera actriz María Fernanda Ladrón de Guevara, hoy señora de Rivelles. Cuando la vista se cansase de contemplarla no tenía más que hacer una desviación a la derecha y fijarse en el proscenio de María.

¡Hay en la vida momentos felices! Para mí, éste era uno de ellos: esa alegría que

produce la contemplación de lo bello me había invadido, y a su luz, la sala del Regis, de un decorado de pastelería, parecíame una estancia del castillo de Versalles.

¡Tanto poder tiene la hermosura!

Un rato como aquel le compensa a uno de muchas tristezas y de muchas groserías de la vida. Quisiera uno detenerse en él, que el reloj no siguiese la marcha implacable de las manecillas. ¿Para qué ha de pasar el tiempo, si seguramente lo que venga detrás no valdrá lo que vale esto de ahora?

Algún espíritu fuerte y práctico, de esos que hay que, según ellos, van siempre al grano, me dirá:

—Pero, total, ¿qué hizo usted en esa noche, alma mía? Darse una ración de vista.

Y es verdad: no hice más que eso. Pero como lo que ve uno a diario en este mundo es tan poco agradable, no está de más, de cuando en cuando, limpiarse los ojos con una de estas apoteosis.

Yo soy tan modesto en mis aspiraciones, que muchas veces me conformo con ver; sobre todo, si lo que veo es Dios mismo o una

de sus criaturas de las que le han salido bien del molde.

María Saura es acaso lo más serio que ha fabricado el Padre Eterno después de la Creación del Mundo.

IV

Apurando unas copitas de Oporto ante la barra de Pigall's, Zabaleta me preguntó:

—¿Tiene usted algo que hacer mañana noche a las nueve?

—Yo, amigo Juan, aquí, en México, siempre tengo algo y nunca tengo nada que hacer. Quiero decir que todas mis ocupaciones las dejo con gusto por ir con mis amigos donde ellos quieran llevarme.

—Lo digo por si quería usted venir a comer a casa.

—Claro que voy; y encantado.

—Entonces, a las nueve le esperamos allá.

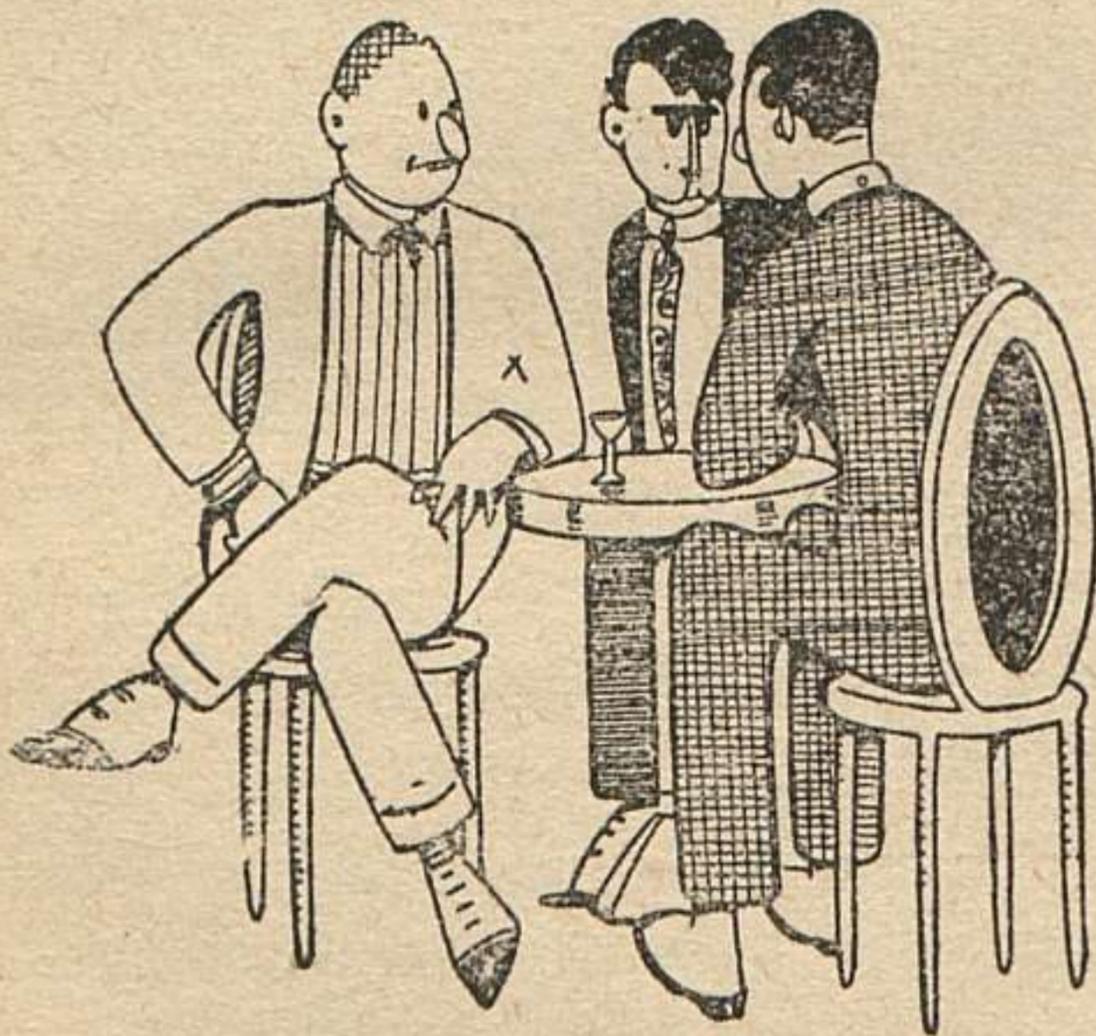
—A las nueve caeré como un bólido.

Le notaba yo menos melancólico, menos pensativo que estos días atrás. Algo nuevo pasaba en él, algo grato, que había modificado, siquiera provisionalmente, el tono de su sentimentalidad.

Porque aunque yo nada sabía aún de la tragedia íntima de Juan de Zabaleta, desde el primer día comprendí que su melancolía no era debida a un origen patológico. No era un triste porque sí, un deprimido por un mal funcionamiento del hígado, como muchos literatos; su tristeza tenía una causa externa, ¡y qué causa!, y había en ella, como en todas las que son algo más que una manifestación morbosa, una nobleza, una serenidad que la distinguía de las murrias de un ciclotímico.

El vulgo dice que los psiquiatras ven un loco en todo ser humano; ese decir del vulgo es una idiotez. Yo no he leído esa afirmación en ningún tratado de psiquiatria ni la he oído salir de los labios de ningún alienista; y lo que pasa con la locura pasa con la alegría y con la depresión melancólica.

Sin negar que un derrame bilioso, una



Mihura
x xv.

mala digestión o la lectura de un estudio sociológico del señor Buylla puede volver triste al hombre más divertido, no cabe duda que hay diferencia entre el sujeto que está triste porque se le ha muerto su madre, ha perdido en el juego o ha sido abandonado por una mujer, y el que lo está por una insuficiencia funcional de una glándula... más o menos tiroides.

En el caso de Juan de Zabaleta tuve yo un pequeño éxito, que van ustedes a permitir que me apunte aquí: sin saber nada de su vida privada, sin que nadie me hubiese dicho nada aún de sus infortunios, desde el primer día adiviné que las melancolías del joven diputado eran racionales y llegaban hasta él desde fuera.

Kraepelín, el gran Kraepelín, el maestro de la psiquiatría moderna, que precisamente por aquellos días estaba en México, y a cuya mesa en el manicomio de la Castañeda había yo tenido el honor de sentarme hacía unas horas, no hubiera encontrado en Zabaleta uno de sus psicosis maníaco-depresivos.

Yo, consecuente con mi idea, y picado,

¿por qué he de negarlo?, de verdadera curiosidad, vi hoy también, a esta hora del aperitivo del Bigall's, que algo nuevo y agradable había salido al camino en la vida de aquel hombre, con el que me sentí unido desde el principio por una verdadera simpatía.

Dionisio Montes, el rubio galán que nos acompañaba en la dulce tarea de abrirnos el apetito a fuerza de Oporto, coñac y habanero Berreteaga, me dijo, aprovechando un momento en que Juan se distrajo con otros amigos:

—No deje usted de ir: lo pasaremos muy bien. Este hombre tiene una casa que es una preciosidad.

—Desde luego que voy. ¿Con quién vive Zabaleta?

—Solo. Su familia no está aquí en México.

—Ya...

—Este hombre es una pena. Está moralmente destrozado. No se suicida, ¡qué sé yo!, acaso porque aun conserva una esperanza...

Y porque—pensé yo sin decirlo—indudablemente no es un caso patológico.

Yo le contemplaba mientras, un poco ale-

jado de nosotros, charlaba con unos amigos. Alto, fornido pero esbelto, moreno, de facciones simpáticas, tenía en toda su figura esa elegancia natural que no la da el sastre, y producía siempre un gesto de distinción, que se veía que varias generaciones habían estado perfeccionando, hasta cristalizar en él de manera tan acabada.

—¡Es una lástima! Yo he seguido paso a paso el desarrollo de su tragedia; él no habla nunca de ello con nadie; tiene ese buen gusto. Y si algún importuno le toca el punto sensible, él niega, niega siempre.

Yo veía venir la confidencia. Dionisio Montes me iba a enterar, por fin, de lo que yo no hacía más que adivinar. Y tenía la satisfacción de no haberla provocado, de no haber delatado con una pregunta lo intenso de mi curiosidad.

Pero cuando el galán iba a hablar, Juan volvió a nosotros, y, claro, ya no hubo medio. Estaba de Dios que yo me enterase de aquéllo de otra manera más objetiva, más práctica.

Al salir, me llevó Zabaleta en su coche

hasta el Fénix, donde Juan Silveti, el rey de los charros de México, el torero *sin miedo*, como le llama allá todo el mundo, me estaba esperando para llevarme a Copacan, a un almuerzo que daba precisamente la Asociación nacional de charros.

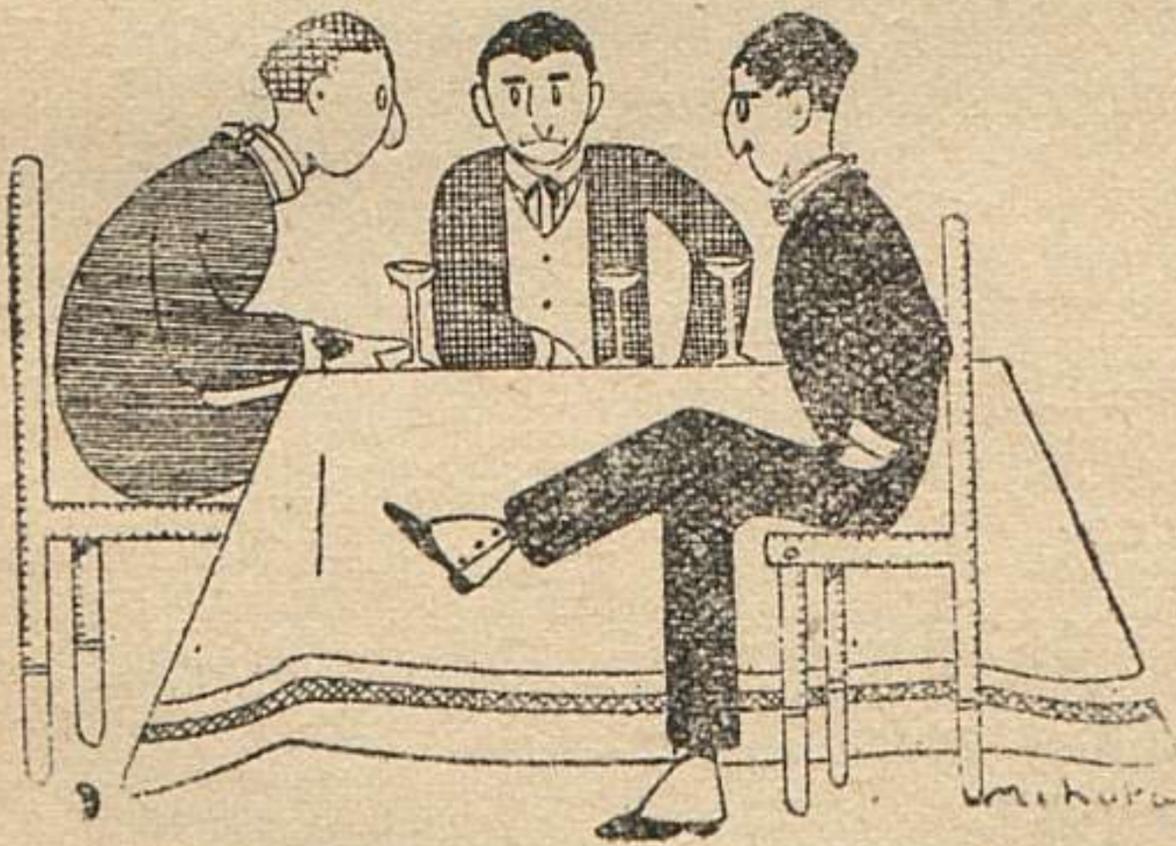
V

Aquella noche, Zabaleta nos invitó a Dionisio Montes y a mí a la última hora del cabaret de Chapultepec.

Solos estuvimos los tres en una mesa toda la noche; él no bailó ni una sola vez, a pesar de que, más o menos directamente, le invitaron a ello unas cuantas chicas *muy tres piedras*.

De tres veces que le llamaron al teléfono, sólo una acudió, y eso para volver en seguida con un gesto de hastío que parecía querer decir:

—Pero ¿cuándo se van a enterar de que para mí esas cosas se han acabado?



Yo lo que más admiraba en él era la inhibición de buen tono con que se mantenía en aquella actitud pasiva. Todas las solicitudes femenina que a cualquiera de los muchos tenorios de aldea que uno ha conocido y padecido por el mundo hubieran servido para darse una importancia loca, él las acogía con una indiferencia bondadosa, de la que estaba en absoluto ausente toda idea de presunción.

Al despedirnos, ya de madrugada, Juan me dijo:

—Ya sabe: mañana noche, a las nueve, en casa. No deje de ir; van a ir también unas paisanas de usted, que saben está usted en México y quieren conocerle.

Al día siguiente me fuí haciendo con el pensamiento el programa de la fiesta de aquella noche en casa de Zabaleta.

—Sí—me decía yo—; es la eterna fiesta en la casa de un soltero que vive bien y se divierte de cuando en cuando. ¡He asistido ya a tantas en Madrid, en Buenos Aires, en la Habana, aquí mismo en México, que una más no ha de enseñarme nada nuevo! Ya sé

lo que voy a tener: buena comida, vino bueno y abundante, música, ya sea de gramola, ya de piano, y unas chicas agradables que, durante horas, alimentarán en mí la ilusión de que el mundo es una cosa muy divertida, y de que eso de las penas es incompatible con el *chartreuse*. No está mal, y siempre es de agradecer. Por lo visto, el amigo Zabaleta pone de cuando en cuando unas de estas gotas de bálsamo en la herida, siempre abierta, de su melancolía.

Más de una vez en la jornada pensé también en quiénes serían aquellas paisanas. ¿Artistas? ¿Mujeres de esas que llaman comprometidas, aunque cuando se suelen ver en un verdadero compromiso es cuando las deja el hombre que las ha comprometido? ¿Pajaritas volanderas, que de día están en un taller o ante una máquina de escribir, y de noche se desquitan con creces del trabajo de la jornada?

Juan no me había dado ninguna referencia; era igual. Encontrar españoles en cualquier país de América no es cosa difícil; de lo que sí podía estar seguro es de que no se

trataría de sufragistas, ni mucho menos de intelectuales.

Dionisio Montes vino a buscarme al Regis a las ocho y media en punto. Para hacer boca y preparar un poco el espíritu, penetramos, al paso, en el bar del café Colón, donde unas tekilas convenientemente sazonadas con sal nos pusieron en situación de resistir todas las presiones.

Desde allí a casa de Zabaleta, el trayecto era corto; Juan vivía en aquel barrio de la derecha del paseo de la Reforma, pasada ya la estación de la Colonia, que es uno de los rincones gratos del México moderno.

Durante los pocos minutos que tardamos hasta su casa, yo experimenté unos deseos fervientes de interrogar a Dionisio; habíamos adquirido en pocos días una recíproca confianza, y tuve que hacer una vez más un gran esfuerzo sobre mí mismo, para no provocar aquella confianza sobre las penas secretas de Juan, que la tarde antes estuvo a punto de escapársele en Pigall's.

Como él nada dijo ahora, yo, fiel a mi sistema, nada le pregunté tampoco.

Y hablando de otras cosas, del viaje de Gaona a Europa, del intento de asesinato del presidente Calles—ese pobre hombre alucinado, que sueña todas las noches con la sombra de Benito Juárez—, del próximo cambio de domicilio de todas las grullas de la ciudad, llegamos a la casa del diputado.

VI

El coche de Zabaleta estaba abajo, en el patio, que servía de garaje, prueba evidente de que su propietario había regresado ya. Pero el motor trepidaba, y las luces estaban encendidas.

—¿Es que irá a salir este hombre?—dijo Montes, como hablando consigo mismo.

Subimos unas escaleras, pocas, a la izquierda, y en un saloncito donde había un piano y un gramófono, nos encontramos al dueño de la casa.

Nuestra llamada le había, indudablemente, producido un vuelco de sangre en el corazón.

—Creí que eran ellas—nos dijo, a modo de saludo.

Y aun tenía rojas las mejillas por la emoción de la espera, decepcionada una vez más.

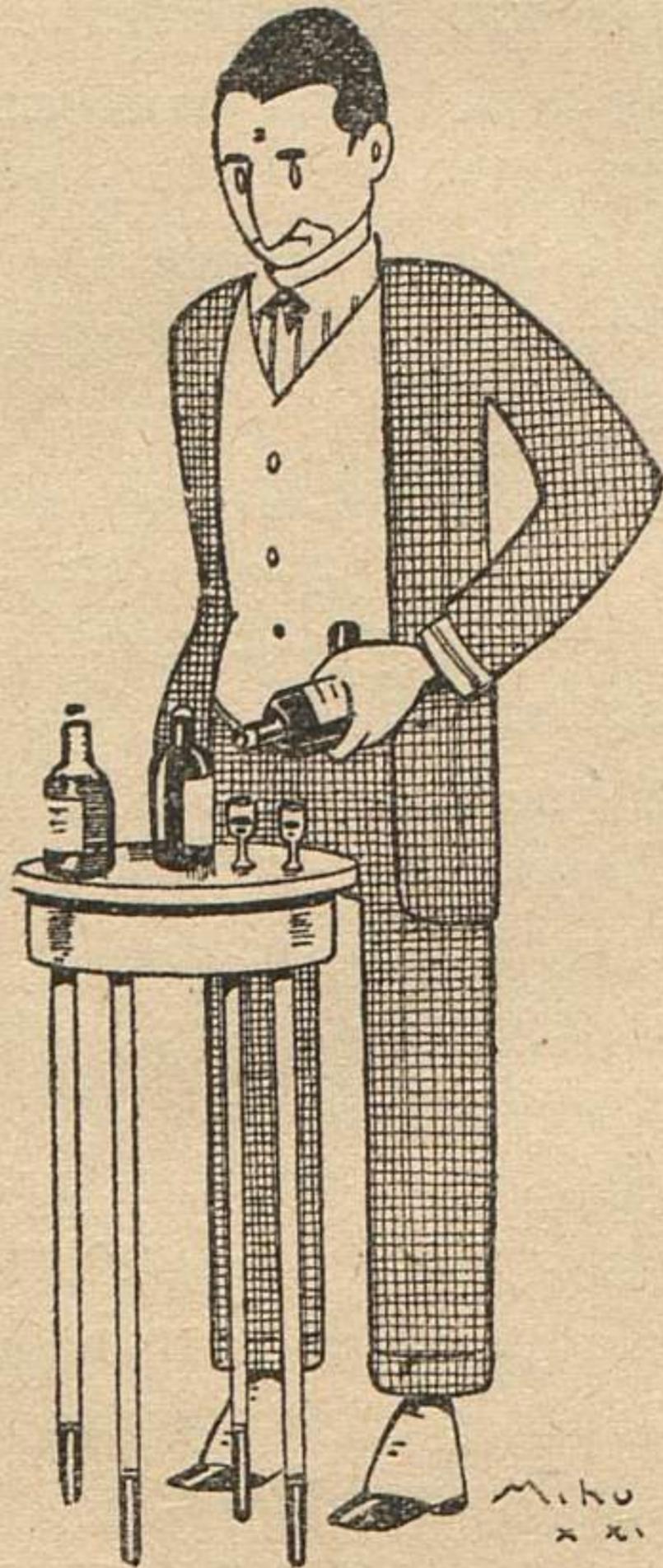
—Pero ¿es que no han venido aún?—preguntó Dionisio.

—Todavía no; yo las voy a mandar el coche. Cuando llegaron ustedes iba ya a salir a buscarlas.

Se ausentó para dar, sin duda, una orden; a los dos minutos se oyó abajo el ruido del vehículo saliendo a la calle y marchando por ella a toda prisa.

Zabaleta volvió con nosotros. Estaba triste otra vez, preocupado; él, que no era nada nervioso en el sentido excitante de la palabra, estaba intranquilo, con esa pérdida de control que produce una dicha largo tiempo anhelada, que se va a ir de las manos en el momento de lograrla.

Tenía ya unas ojeras profundas, signo infalible en él de que llevaba largo rato en relación íntima con el alcohol. En el centro de la estancia y sobre una mesita, había una bandeja con tres botellas y unas copitas; una de las botellas estaba ya mediada.



—¿Qué quiere usted?—me preguntó—.
¿Coñac? ¿Vermú?

—Coñac siempre.

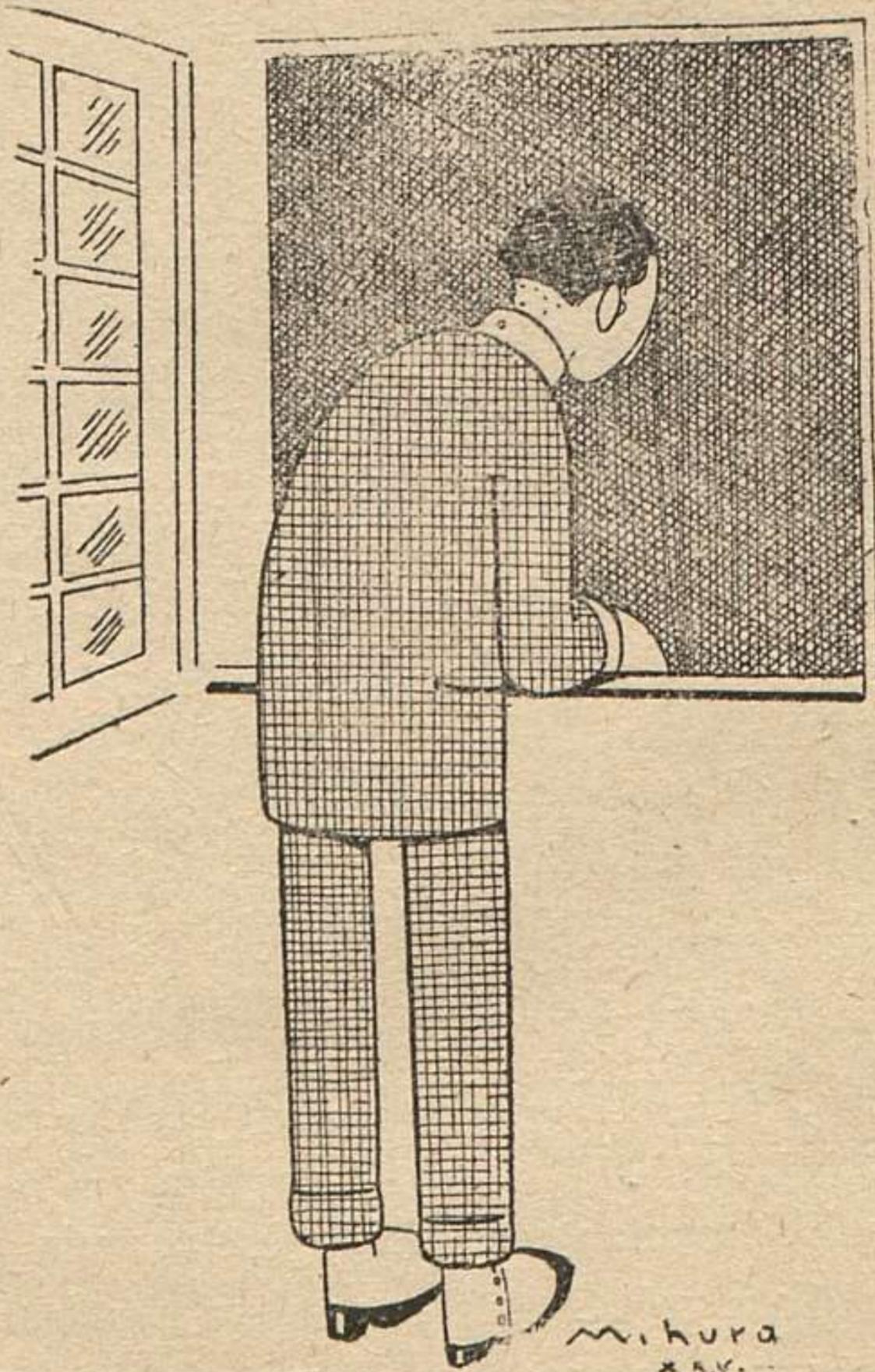
—Pues ahí va.

En esta ocasión, aparte el gusto que yo siempre lo he tenido en beber cuando la bebida es buena, el tragar copas era una obligación. Había que ponerse a tono, a tono sentimental, con el dueño de la casa; nosotros, a pesar de la parada en el Colón, veníamos relativamente frescos de la calle, y teníamos que ganar la ventaja que ya Zabaleta nos llevaba.

Además, aquel Henuessy era excelente; en menos de diez minutos nos bebimos cada uno siete copas.

Y aprovecho la ocasión de tenerlas en el cuerpo para hacer, lector, una breve, pero necesaria digresión.

Esa insistencia en la bebida, ese conminar a beber al amigo que está con uno, a veces bajo pena de muerte como en el caso famoso del general Aspirina, es algo muy peculiar y típico de México, que sólo algunos papanatas forasteros encuentran censurable.

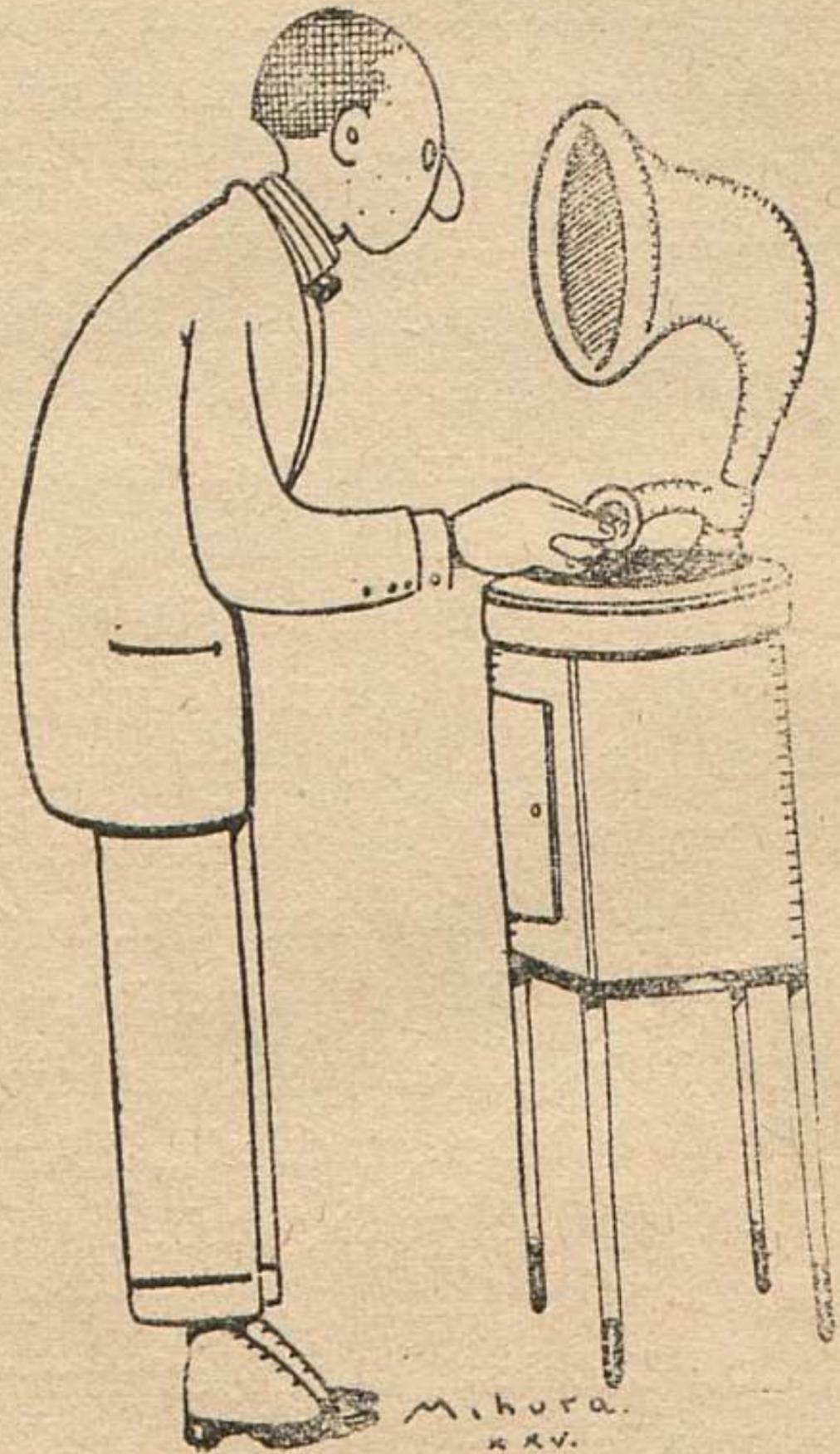


Yo, por el contrario, lo encuentro digno de loa. Nada más antipático que el caso de un señor que, hallándose en una tertulia de gentes que beben, pretende mantenerse abstemio: se diría que se propone no perder su serenidad para poder observar mejor a mansalva los dichos y los hechos de los que, alegres y confiados, van entrando poco a poco en el reinado de la incongruencia divertida.

Eso es lo que se llama alevosía, y lo menos que se merece el que incurre en ella es la pena de muerte. El general Aspirina hizo bien en disparar su revólver sobre la cabezota de aquel amigo que pretendía no beber más que agua de Telmocán, en tanto que él se emborrachaba. Fué un remedio un poco heroico, pero remedio al fin; el que no quiera beber con los que beben, debe marcharse, y si se queda, está obligado a beber.

Y cerrado el paréntesis, volvamos a casa de Juan de Zabaleta, donde empezaremos por tomarnos una copa más de coñac.

Había pasado media hora, y las damas a quienes esperábamos no venían. Juan, asomado a la ventana amplia que daba a la



calle, alargaba el cuello cada vez que oía el ruido de un auto. Había perdido ya el escaso nerviosismo de antes; le había vuelto a invadir la indiferencia fatalista que era en él habitual.

—¿No irán a venir?—dijo Montes, mucho más nervioso que su amigo.

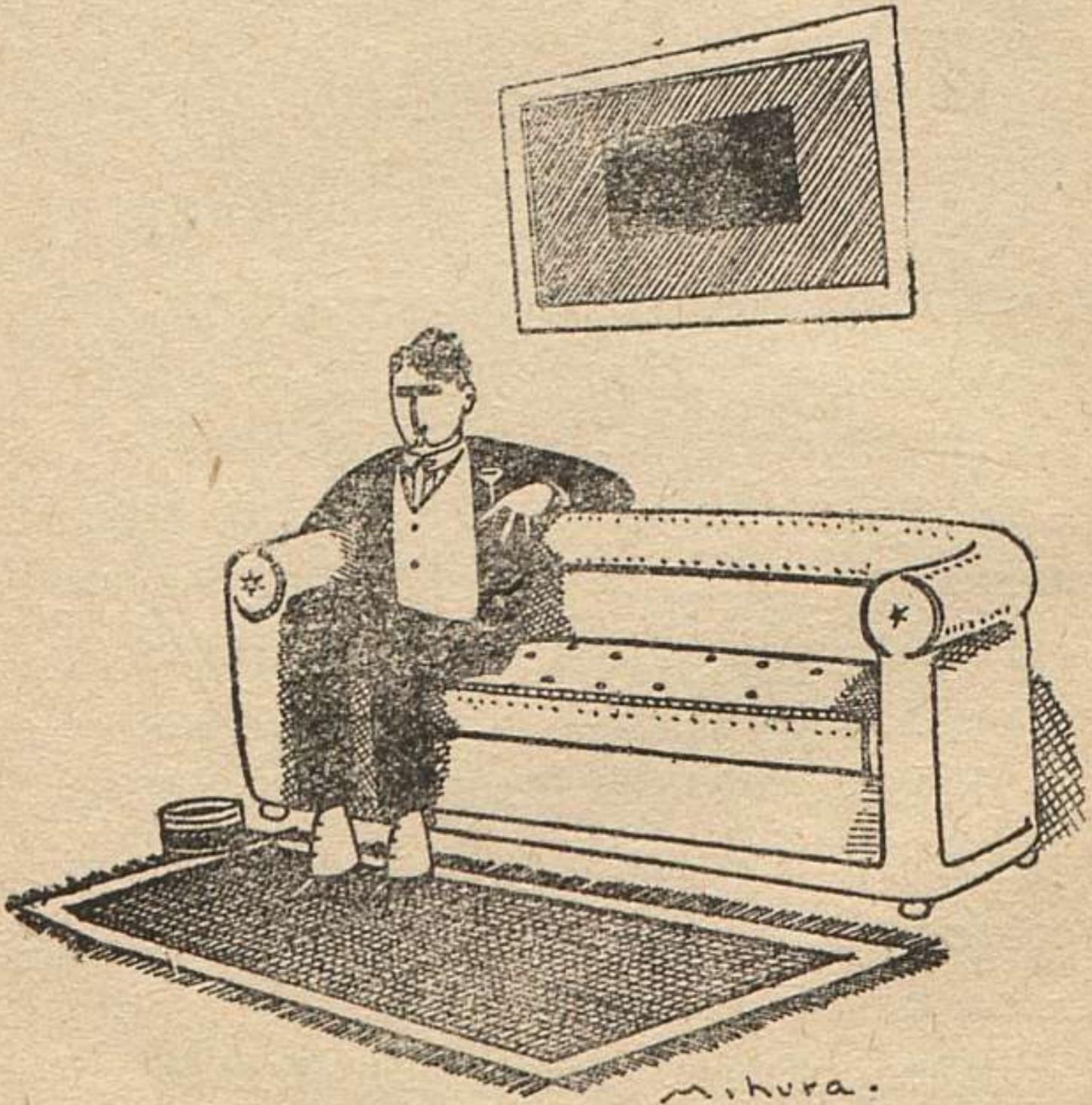
—No sé, chico; a lo mejor, quién sabe...

Juan no se separaba de la ventana más que para ir a las botellas y servirnos—y servirse—una nueva copa.

Dionisio había puesto en marcha el aparato musical, y unos fox un poco absurdos, como la mayoría de los fox, vagaban por la estancia, privada de sonrisas femeninas.

Yo, repantigado en el sofá, oyendo aquella musiquilla y bebiendo a sorbitos la copa de coñac, pensaba que, sin señoras o con ellas, no se estaba del todo mal allí.

La mujer no es un elemento tan absolutamente indispensable en la vida como creen los poetas y los corredores de mantones y alhajas; hay momentos en que realmente se las necesita; pero si no quieren venir, hay varios sustitutivos que no están del todo mal.



M. Kura.
20.

Estas de esta noche no querían, por lo visto, venir. Eran ya las diez, llevábamos una hora de espera, y Eva no se presentaba.

¡Qué se le iba a hacer! Coñac y fox.

El dueño de la casa se había contagiado, por lo visto, de mi filosofía, porque, abandonando la ventana, se había sentado en un sillón y oía la música plácidamente.

El único que no se resignaba era Dionisio: nervioso, extraviado, recorría la estancia con grandes pasos de lebrél en celo, y exclamaba de cuando en cuando como en un grito de dolor:

—¡Qué fastidio!

Yo le miraba con cierta compasión. ¡Las mujeres! No hacen absolutamente ninguna falta en la vida.

VII

A las diez y diez minutos se oyeron los bocinazos de un auto que pedía le abriesen la puerta de la casa.

—¡El coche! — dijo Dionisio dando un salto.

—Vendrá vacío a lo mejor—agregó Zabaleta, quien, por lo visto, no quería más desengaños.

Fué aquel acaso el momento más cruel de todas las incertidumbres de la espera de Juan. Felizmente duró poco: unas risitas que se oyeron en la escalera nos sacaron a todos de dudas.

—¡Ya están ahí! — dijo Dionisio, como quien se libra de una pesadilla.

En cambio, el dueño de la casa, ¡me fijé muy bien!, pareció invadido por una repentina indiferencia.

Una muchacha entró en la estancia en que estábamos, dando las buenas noches con una risa muy simpática. Me fijé en ella: era María Saura.

Me quedé como tonto. Cuando Zabaleta hizo la presentación y ella vino a saludarme, no pude decir más que estas dos frases:

—¡Hija de mi alma! ¡Dios la bendiga a usted!

Venía también vestida de oscuro, la cabeza al aire, en la que triunfaba una melena negra que era un primor; porque, como toda mujer que se respete hoy día, llevaba el pelo cortado.

Con ella entró en la casa una señora joven aún, guapa, pero con ese aire de hacerse respetar que tienen las damas que acompañan a una muchacha de mérito extraordinario.

Es su madre—pensé.

Después supe que no: aquella señora no había tenido el gusto ni el honor de lanzar al mundo a semejante obra de arte; pero, al

lado de ella desde muy pequeña, era su guía, su consejera y un poco—¿me permite usted que se lo diga desde aquí, señora?—su tirana.

Desde el primer momento pude darme cuenta de que María era un ser perfecto: porque, además de todas las excelencias de su físico, tenía una voz dulce, pero nada empalagosa, que acariciaba al hablar, y, además, se desprendía de ella una extraordinaria simpatía.

Tuvo para mí unas cuantas frases amables, que si no eran sinceras, demostraban, por lo menos, que la joven se esforzaba en agradar, cosa que siempre es de agradecer, sobre todo en los tiempos actuales, en que hay tanta gente que se esfuerza en hacerle a uno la vida ingrata... sin conseguirlo, gracias a Dios.

—Advierto a ustedes que yo tengo hambre—dijo María.

Con ello acabó de conquistarme, pues gracias a esa frase íbamos a comer al momento.

—Pero ¿cómo han tardado ustedes tanto?—preguntó Dionisio.

UNA ESPAÑOLA EN MEXICO



M. HURA
XXV.

—Si es que no sabíamos la hora que era.

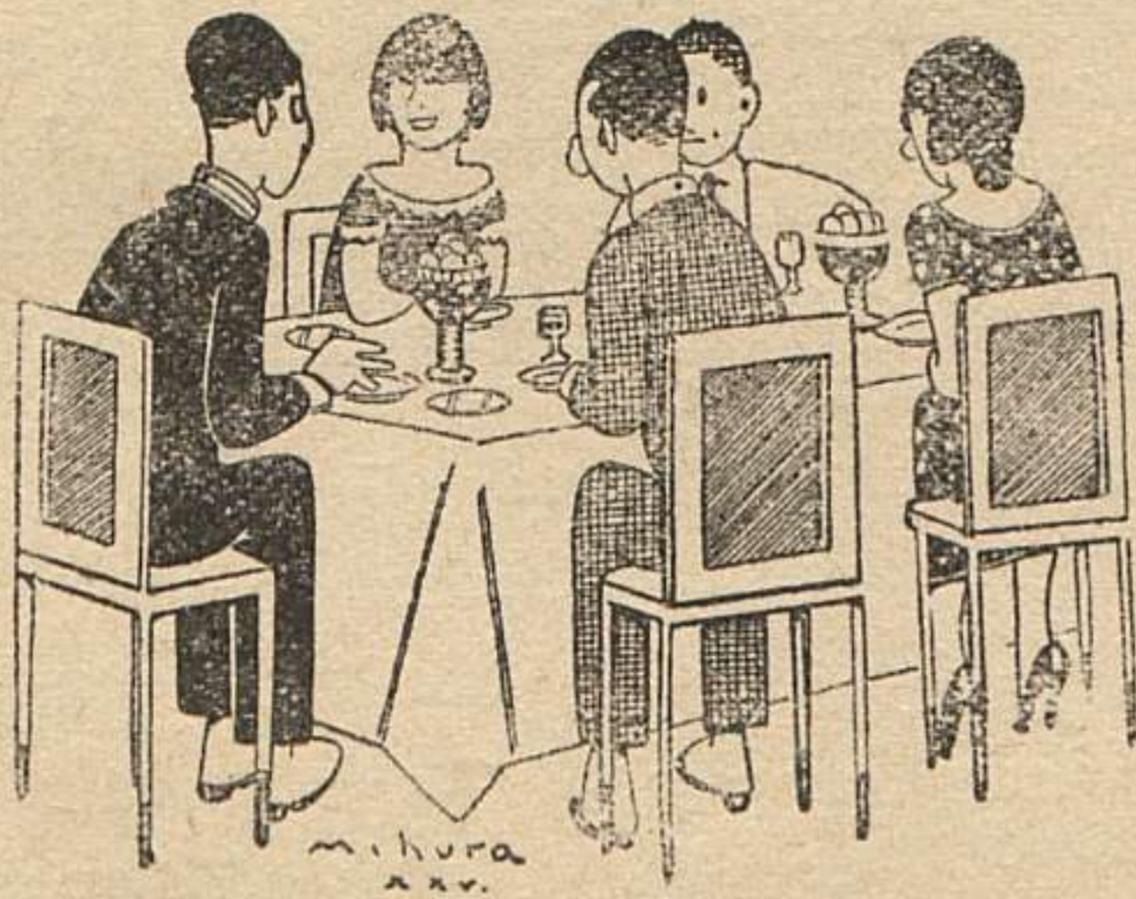
—¿Es que no hay en tu casa ningún reloj?—preguntó Juan, más como chiste que como reproche.

—Hombre, no es eso; es que, sencillamente, creíamos que era más temprano y no hemos mirado la hora.

Era una excusa, un pretexto infantil de mujer que no quiere decir la verdad, porque la verdad acaso resultase un poco complicada.

Antes de pasar a la mesa hicimos una vez más los honores al coñac. Las damas bebieron también, aunque sin mostrar hacia el alcohol aquellas preferencias ávidas que los varones mostrábamos.

Nos instalamos en la mesa. El comedor era, como todas las de la casa, una pieza íntima, confortable, una de esas estancias en las que, sin grandes alardes decorativos, se sentía uno bien apenas penetraba en ella. A la mesa nos sentamos, a más del dueño de la casa y las dos invitadas, Dionisio Montes y yo.



Nadie más, ni hacía tampoco falta que viniese más gente.

A mí me hicieron el honor de colocarme en la cabecera de la mesa: el honor era doble, porque a mi izquierda sentóse María. Yo quería que la muchacha hubiese ocupado mi puesto, presidiendo así aquel ágape cordial; pero todos se empeñaron en que había de ser yo precisamente quien se sentase allí. Supongo que aquello sería un homenaje a mi edad, ya que la señorita Saura casi podía ser mi hija: pues no creo que fuese por guapo por lo que me eligiesen para presidir.

Aunque recuerdo que comimos y bebimos a maravilla, sería muy difícil que yo dijera lo que comimos. Y no es que se me haya olvidado ahora por haber pasado algunos meses: aquella misma noche, si me lo hubieran preguntado, no habría sabido contestar.

Tan abstraído estaba viendo y escuchando a la divina criatura que estaba sentada a mi izquierda.

Porque fué ella la que casi toda la noche llevó el peso e hizo el gasto de la conversación. Resultaba que, además de todos sus

encantos, María Saura era una mujer que sabía conversar.

Ese arte tan difícil de la conversación, que raras personas poseen, ella lo dominaba como una mujer de mundo que ha cumplido los sesenta años.

VIII

La mayoría de las mujeres guapas—las feas no cuentan—con que se ha tropezado uno en este mundo, en una comida, en el saloncillo de un teatro, o en otros lugares más íntimos, eran unas acémilas, que no sabían abrir la boca más que para expresar, en una forma o en otra, su histerismo.

Animalitos lindos, bien vestidos y bien alhajados, eran el extremo opuesto de las mujeres sabias y pedantes; y ya se sabe que todos los extremos son malos.

María, en las tres horas largas que duró la comida y la sobremesa, sin dejar apenas la palabra, pues todos la oíamos encantados

y nadie pensaba en interrumpirla, no habló ni una sola vez de trajes, ni de alhajas, ni quitó el pellejo a ninguna amiga, ni habló de sí misma más que lo indispensable para dar un matiz propio a sus ideas e impresiones.

¿Es que saben hablar de otra cosa las mujeres llamadas inteligentes que usted y yo, lector, hemos conocido?

Pero alguno me preguntará zumbón:

—Pues si no habló de modas, ni de su propia persona, ni criticó a otras mujeres, ¿de qué habló entonces esa criatura?

María nos entretuvo a todos un largo rato contándonos sus preferencias literarias. Lo hacía sin pedantería, sino como quien, por distraerse, ha pasado la vista por muchos libros y se ha enterado y ha digerido muy bien lo que en esos libros se dice.

Y no sólo libros españoles o escritos en castellano: leía el francés y el italiano, y nos habló de Anatole France, de Benoit, de Guido da Verona, por quien sentía verdadero entusiasmo...

Lector, no habrás olvidado que María Saura es española: pues yo te aseguro que

si la cuarta parte de las mujeres españolas hubiesen leído y sintiesen por el libro la afición que esta muchacha, que aun no tenía veinte años, los escritores españoles seríamos ricos y no tendríamos que aguantar muchas impertinencias, que ahora son la masa con que se confecciona el pan nuestro de cada día.

Si no hubiera sido por ciertos pormenores, y por un conocimiento de fondo que no se improvisa, yo habría podido creer que todo aquello no era más que una manifestación de la bondad y la cortesía de aquella criatura; es decir, una lección aprendida para halagarme a mí, que, al fin y al cabo, era del oficio al cual la nena se mostraba tan aficionada.

Pero no había tal cosa. Como otras aman los perfumes, algunas los chulos, y otras el dinero, la señorita Saura amaba los libros y la lectura, sin que este amor hubiese ensombrecido su carácter, que era alegre y retozón como el de una cordera.

En rigor no podía decirse de ella que fuese una mujer galante, y aunque, claro que

tampoco se trataba de una ursulina, pero, de serlo, habría podido decirse de ella que era un reflejo, a través de más de un siglo, de aquellas damas alegres del tiempo de los Luises de Francia, de aquellas grandes cortesanas que ennoblecieron el amor y dignificaron el oficio, pues sólo siendo mujeres de talento se concibe que pudieran convivir con las grandes inteligencias de su siglo, y tener como clientes a hombres como Voltaire, Diderot y otros insignes pendonazos.

Pero yo quise, en un momento, bajar un poco el tono de la conversación.

—¿Cuándo vuelve usted a España, María?

Me miró con aquellos ojos que eran dos astros.

—Por ahora no he pensado en eso.

La pregunta debió parecerle un poco absurda, como se lo parece—lo he observado muy bien—a muchos españoles de América cuando alguien se la formula.

—Ahora, cuando ha embarcado mi hermana Isabel, quería llevarme con ella; pero no he querido. Si viera usted qué bien me en-

cuentro aquí... Además, a mí México me gusta mucho.

—A mí también.

Es que muchas veces, nosotros, los viajeros ambulantes, que vamos a estos países de América impulsados por un sentimiento de curiosidad, lleno de simpatía, pero curiosidad al fin, y con el billete de vuelta en el bolsillo, cometemos el error de confundir nuestro estado psicológico con el de los emigrados, que aquí viven, aquí se han instalado, y muchos de ellos han encontrado en su patria de adopción halagos y sonrisas que les negara la de origen.

No era este precisamente el caso de María Saura: si se queda en Madrid, seguramente triunfa su belleza, en el sentido más amplio de la palabra, como triunfaba aquí en México; habría variado, si acaso, la *cantidad* de triunfo, porque los ricos españoles se acuerdan con demasiada frecuencia de su ascendencia judía.

Pero el caso era que María Saura había empezado a vivir—el lector ya me entiende—en México, y era aquí donde su espíritu

había echado raíces poco a poco. España era para ella un recuerdo: agradable, pero recuerdo nada más.

Ella, y la mayoría de los españoles de América, quieren a España como se quiere a esos parientes que viven lejos, y que por vivir lejos no molestan.

Solo que a ellos no les gusta que se les diga.

IX

—¿Por qué no bailabas anoche en Chapultepec?

Esta pregunta la dirigió María a boca de jarro a Juan de Zabaleta.

Y éste, antes de contestarla, se la quedó mirando, o mejor, siguió mirándola, porque, en realidad, no le había quitado ojo en toda la noche.

—¿Cómo sabes tú que yo no bailé?

—Porque lo vi.

—¿Tú?

—¿Usted?

—Claro: si yo también estuve anoche en Chapultepec.

Yo protesté con vehemencia, mientras me echaba al cuerpo una copa grande llena de vino de Riscal.

—Cómo, cómo... ¿Que usted estuvo anoche en Chapultepec y nosotros no la vimos? Eso no puede ser.

—¡Vaya!

—María, ¡por Dios!—dijo Dionisio—, que éramos seis ojos a mirar...

—No se nos escapó ni una rata; vamos, quiero decir ni Lupita Vélez.

—Pues yo estaba allí.

—¡Imposible!

—Sí, hombre, sí; estaba en Chapultepec, pero no abajo: estaba medio escondida. No me asomé más que una sola vez.

Claro que a nadie se nos ocurrió preguntar con quién estaba; no porque hubiera sido una impertinencia, sino porque todos lo sabíamos.

Todo el mundo sabía en México que María Saura era la amante de uno de los miembros del Gobierno, acaso el más poderoso e influyente de todos ellos: lo era tanto, que influía hasta en el ánimo y en las decisiones

del presidente, a pesar de lo que éste alardeaba de independiente, de una manera har- to pueril.

Yo fui el único que se lanzó por el camino de la inconveniencia.

—¿Y no había con usted, María, anoche ningún... elemento oficial en Chapultepec?

Se me quedó mirando, y con una sonrisa, que quería decir que me perdonaba la pregunta, me contestó:

—¡No, señor! Estaba yo solita: vamos, con esta señora.

—Su madre de usted.

Todos tocamos madera: cosa que se hace en México siempre que alguien, aunque sea para bien, le nombran a la autora de sus días... Costumbre que me permitirán los mexicanos, por quienes tantas veces he manifestado y probado mi simpatía, que califique de antipática.

—Esta señora no es mi madre — dijo María.

La aludida se creyó en el caso de explicarme:

—Yo estoy con estas chicas casi desde que

nacieron: la madre de María se ha marchado con Isabel a España.

Confieso que al oirla se me quitó un peso de encima. Porque aquella señora, guapa aún, y simpática por demás en su hablar y en sus modales, tenía, a mi juicio, algo de desagradable, de molesto, y era la tutela excesiva que ejercía sobre aquella criatura, como si estuviese encargada por alguien de administrarla escrupulosamente.

Puede que aquello no fuera más que una prueba de cariño: el cuidado por una flor a la que se ha visto brotar y nacer, y se tiene miedo a que se marchite, o a que la mancille uno de tantos moscardones como andamos por el mundo.

Pero ya se sabe que hay cariños que matan, o, por lo menos, que ahogan.

Si yo hubiera tenido en esta noche más confianza con aquella belleza madura, le habría dicho:

—Señora, no atosigue usted a Maruja: ya sabemos que es una niña aún; pero yo creo que en su propio talento y buen sentido hay la garantía necesaria para que se la pueda

dejar un poco larga la cuerda de la disciplina. Cuando una mujer, a su edad, está tan enterada de muchas cosas nobles que la mayoría de las cuarentonas ignoran, tiene derecho a que se la deje respirar con un poco más de libertad.

Nada de esto le dije; pero te juro, lector, que se merecía el sermón.

Desde que en el reloj del comedor de Zabaleta dieron las once y media—y ellas habían llegado después de las diez—, aquella dama de comedia clásica no cesaba de decir cada cinco minutos:

—No nos iremos muy tarde, Maruja. Ya sabes...

La chica no decía nada: los que protestábamos éramos nosotros.

—¿Quién piensa en irse?

—Con lo bien que se está aquí...

Y era verdad: se estaba bien, demasiado bien; por ser demasiado, aquéllo no podía durar. Era éste otro alto en la vida, otro de esos minutos que uno quisiera poder prolongar a voluntad, pues nada hay más allá de él que pueda atraerle.

Yo, sentado como he dicho al lado de María, más que oírla hablar lo que hacía era contemplarla. Su cabeza era lo que más me atraía: el peinado, si se puede llamar así, que las mujeres se hacen ahora, es algo revolucionario y no sujeto a reglas, que tiene forzosamente que complacer al que esté empachado de tanta cosa lamida y ordenada como anda ahora por el mundo.

Como en muchas épocas de la Historia, el sentido común, fugitivo de una gran parte del género humano, ha ido a refugiarse en la mujer; ésta lo hace de una manera inconsciente, claro es, pues si tuviera conciencia de sus actos no sería mujer; pero es lo cierto que ahora, por ejemplo, con sus vestidos cortos por arriba, abajo, delante, detrás; con sus cabellos cortos también, y por ende alborotados y al aire, sin sujeción de horquillas ni peinecillos, es una protesta adorable contra ese afán de orden y reglamentación que ha entrado ahora a la clase media mundial, y que poco a poco va volviendo a nuestro planeta a las tinieblas aburridas de la Edad



Media y a las ñoñeces de la época post-romántica del siglo diecinueve.

Y cuando la que llevaba esa cadera y esos vestidos era una mujer tan absolutamente bella como María Saura, el símbolo adquiriría proporciones y fulgores celestes.

Todo en ella era apetecible; pero ¡aquella cabecita de hebras oscuras y alborotadas, sirviendo de dosel a unos ojos brillantes como brasas, era algo eterno, que sólo con tenerla cerca consolaba a uno de muchas traiciones de la existencia!

X

Pero yo, en esa noche para mí memorable, no era en María sólo, a pesar de su atracción irresistible, en quien me fijaba.

A mi derecha, sentado frente a ella, estaba Juan de Zabaleta, y, mirándole, pude apreciar el fenómeno curioso de la transfiguración.

Nada sabía yo todavía; pero fui adivinándolo poco a poco, sólo con observar la conducta, y hasta el gesto, del dueño de la casa; y cuando, más tarde, solos ya los dos en la calle, Dionisio Montes me fué explicando la película, para mí fué como si me contasen un cuento cuyo final había yo acertado.

Porque aquel Zabaleta que yo tenía ahora a mi lado, no era el Zabaleta que yo había conocido hasta entonces, ni tampoco el que las gentes veían andar por las calles. En toda la noche puede que apartase sólo tres o cuatro veces la vista de su vecina de enfrente: la oía hablar como quien recuerda una voz grata que ha sonado muchas veces en nuestros oídos. Estaba alegre, animado, con esa animación un poco morbosa del hombre que, encontrándose bien en un lugar, ha suprimido voluntariamente el pensamiento de todo lo que va a venir después, cuando aquello tan breve se acabe.

Y cada vez que la dueña decía con su aire de director de escena:

—No nos iremos muy tarde, ¿verdad, María?

Juan se la quedaba mirando sin decir palabra, y hacía una mueca breve, que parecía querer decir:

—Eso que dice usted es una blasfemia, señora.

¡Pobre galán! ¡Y cómo debía sufrir aquel

hombre, no ahora, sino en el curso de las horas vacías de su vida!

En México, la gente hablaba de su carrera política, truncada en plena juventud, atribuyéndolo a su abulia: otros le acusaban—porque la gente acusa con saña en cosas que no le importan—de entregarse a ciertas drogas más o menos heroicas...

Aunque todo ello fuera cierto, ¿es que no estaba justificado ante la magnitud de lo que aquel hombre había perdido?

Yo, que no lo había poseído, sentía en estos momentos el dolor de que no fuera mío. Conque él, que lo había saboreado y tenido por suyo durante una temporada, ¡qué no sufriría al ver a su paloma en manos de otro cazador!

En Juan de Zabaleta todo estaba justificado, y el hombre que no sepa ver con simpatía ciertas desesperaciones no es hombre, aunque use pantalones y lea a diario los artículos de Ortega y Gasset.

La muchacha lo valía todo, y al perderla, es como si todo se hubiera perdido. Y cuando lo que se pierde es una mujer como Ma-

ría Saura, ya puede decirse que se ha perdido todo en el mundo.

Dionisio Montes, por una comunicación telepática, parecía decirme con la mirada:

—¿No es triste esto? ¿Y no debemos ayudar nosotros, en lo que podamos, a que estos dos seres tengan, siquiera por unas horas, un recuerdo de lo que tuvieron sin medida por una temporada?

Desde luego yo formé el propósito de ayudar, en lo que de mí dependiera, a que el piadoso y caritativo propósito se lograra. Siempre he creído que el hombre que, por miedo a hacer de celestino o galeoto, no ayuda a un amigo en estos trances, es un miserable digno de la horca.

Me animaba en mi propósito la conducta de ella. En el menor detalle, hasta en la mueca más imperceptible de su sonrisa, se adivinaba el deseo de la bondadosa criatura de contribuir a mantener por unas horas la ilusión de que aquello que había existido entre los dos no había terminado.

En aquel mismo comedor, que habría presenciado tantas veces la explosión de sus ca-

ricias—con esa facilidad que tienen las caricias para explotar, a las horas de las comidas—, parecía como si la muchacha quisiese revivir por unas horas las pasadas dichas saboreadas en la intimidad.

Y lo conseguía temporalmente, que es como se consigue todo en este mundo. Juan estaba radiante, y había que fijarse muy bien en su rostro para descubrir en él, así como en último plano, una leve rayita de amargura en el fruncir de la boca, que era como una cicatriz de la herida provisionalmente cerrada.

No importaba que de cuando en cuando, como la nube de langosta que oscurece el sol en los días más bellos del otoño, resonase en el comedor la voz de la dama que acompañaba a María, para entonar su canto lúgubre, monótono como un “Dies ira”:

—¿Nos vamos a ir ya, María? Ya sabes...

Habíamos terminado por no hacerla mucho caso. Aquéllo era como el “Recuerda que tienes que morir” pronunciado en medio de los banquetes y de las orgías medievales por el monje trapense de turno.

XI

Lo que sí hicimos fué levantarnos de la mesa y volver al salón donde antes habíamos estado.

Se había bebido mucho: antes, en y, por lo visto, después de la comida, pues ya estaban allí, en la mesita del centro, las copas de coñac y de chartreuse esperándonos.

Pero indudablemente ninguno de nosotros tenía la borrachera patológica, esa forma desagradable de reaccionar contra el alcohol, tan común en los niños bien y en algunos periodistas cuando van a los banquetes. Allí estábamos todos muy contentos. María, la primera; pero ninguno había perdido el control.



Микова
ХХВ

La muchacha hizo a un lado la bandeja de las copas y se encaramó, sentada, encima de la mesa. Su traje negro, muy corto, resultó cortísimo así, y enseñando las piernas ideales, que habrían podido servir de modelo a Fideas y al duque de Tovar, dijo, mientras se arreglaba las medias:

—Tengo la manía de que estas medias me están anchas.

Todos protestamos, como si hubiera dicho una blasfemia.

—¡Hija, por Dios! Si parecen la piel misma.

—Esas medias lo que le van a estar a usted es pequeñas dentro de poco.

—¿Pequeñas, por qué?

—Porque se deben estar hinchando.

—¿Hinchando?

—Se deben estar hinchando de tocar.

Me declaro modestamente autor de esta inofensiva idiotez.

Pero tú, María, confiesa, te excito a ello desde aquí, que aquel truco de las medias estrechas fué una coquetería que se te ocurrió por si acaso había, entre nosotros tres,

alguno tan insensato que no se hubiera fijado en tus extremidades inferiores. La cosa no tiene nada de particular: a una mujer como tú le están permitidas todas las coqueterías, y no eras tú, ciertamente, de las que abusan de ellas.

La que indudablemente abusaba de la situación era tu señora de compañía.

La noble dama, desde que habíamos pasado a aquella estancia, como si considerase que, por estar más cerca de la calle, había empezado ya a conseguir lo que se proponía, había redoblado la intensidad y, sobre todo, la frecuencia de sus ataques:

—María, vámonos.

—¡Hija, que es tardísimo!

—María, que luego ya sabes lo que pasa.

—Anda, despídete y vámonos.

Como se ve, el tono era ahora imperativo, de los que no admiten dilación. Hubo un momento en que no pude más y me encaré con ella:

—Señora, parece mentira que una mujer tan simpática como usted tenga un interés tan decidido en hacerse antipática. Cuando se

tiene la suerte de tener la guarda y custodia de una joya como ésta, no existe el derecho de quererla conservar avaramente para sí, sin dejar que los demás la admiren. ¿Qué diría usted si al cuadro de "La Gioconda" lo hubiesen encerrado para que nadie lo viera? ¿Y si cerrasen mañana herméticamente el castillo de Chapultepec para que ninguno pudiese admirar sus bellezas?

Al terminar este párrafo me bebí una nueva copa de coñac.

Pero ella, que era realmente mujer muy simpática, y que no se alteraba por nada, me contestó en forma:

—Mire: por nuestro gusto nos estaríamos aquí toda la noche; pero no es ese el caso. Ya para venir he tenido yo que hacer una serie de... combinaciones. Nuestro deber era estar en casa a las once.

—¿A las once de la mañana?

—Sí, sí... al paso que vamos...

Y se interrumpió para lanzar una vez más su cántico:

—Anda, Maruja; por Dios, hija mía, vámonos.

Quiero dejar bien sentada aquí una aclaración: no vaya nadie a pensar, en vista de lo dicho, que la acompañante de María Saura fuese una de esas damas ásperas que, fracasadas en sus negocios amorosos, parece como que se complacen en poner trabas a los de los demás. No; esta dama, que si ella hubiera querido, con su belleza madura, pero esbelta, habría podido seguir aún en la escala activa, era una mujer inteligente y comprensiva, siempre que hablaba de algo que no hiciese relación a la administración directa de la niña confiada a sus cuidados.

A mí, evocando personas y escenas del Madrid de hace doce años, me hizo pasar aquella noche ratos agradabilísimos. ¡Dios se los pague en la otra vida, y, si es posible, que le mande en ésta algo a cuenta!

Hasta hubo un momento en que me dijo, como queriendo explicar su actitud:

—Usted no sabe... María es muy inteligente; pero es tan joven, y los hombres son ustedes tan raros, que si una no anduviese con siete ojos, Dios sabe lo que pasaría.

Es posible. Puede que aquella dama tuviera razón.

Yo había protestado por egoísmo, como todos los demás; hubiéramos querido tenerla a nuestro lado hasta la consumación de los siglos, pero...

Si el pobre ángel tenía deberes *oficiales* que cumplir...

XII

Salimos a la calle todos en pelotón.

Juan de Zabaleta nos hizo subir en su coche, que esperaba en el patio interior de la casa.

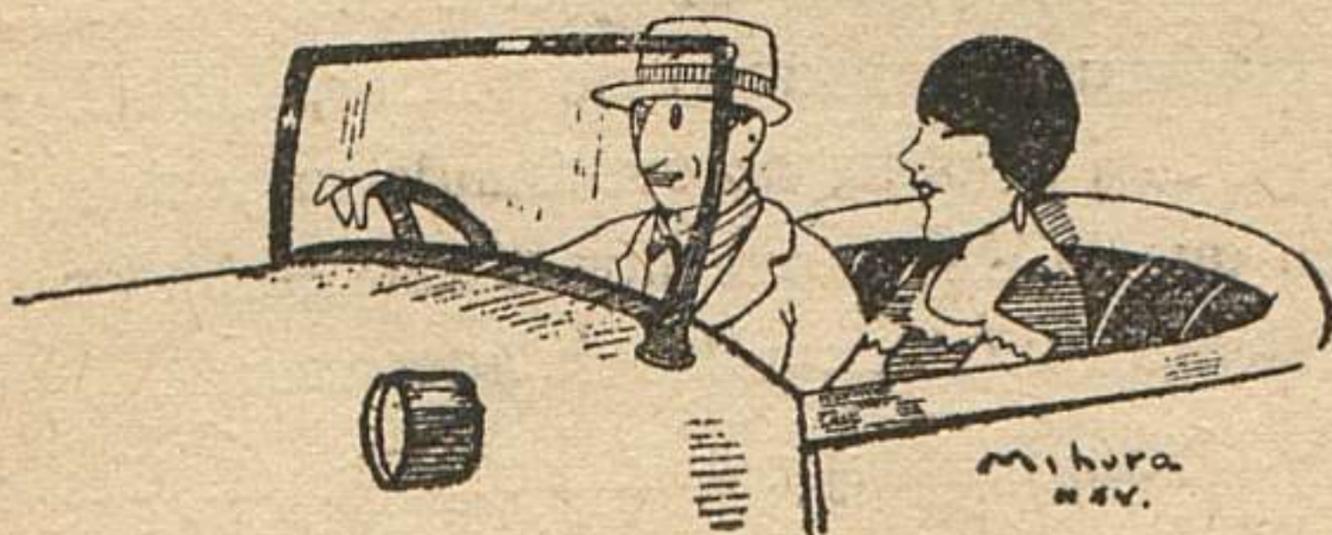
La colocación que en él hicimos fué estratégica por demás: Dionisio Montes, la dama y yo, nos acomodamos en el asiento de atrás; Juan iba al volante, y a su izquierda, lo más cerca posible, María Saura.

¿Dónde íbamos? No se sabía: estábamos en esa situación, sin disputa la más agradable de la existencia, en que no sabe uno dónde va, ni se preocupa tampoco por saberlo.

Por lo pronto salimos al paseo de la Re-

forma. Eran las tres de la madrugada y, salvo nosotros, no había nadie en la espléndida avenida.

Resultaba fantástica aquella carrera bajo la bóveda de sus árboles centenarios, sobre la pista de su pavimento, limpia y reluciente



como una lámina de bronce. La temperatura era la ideal que hace en México casi la totalidad del año, y nuestras cabezas, un poco cargadas por el exceso de alcohol, acogían como una bendición aquel airecillo nocturno que parecía casi líquido al acariciar la frente.

Decían en México que antes era peligroso lanzarse a estos paseos nocturnos, pues nunca faltaba un grupo de asaltantes que se encargarse de perturbar todos los idilios. Eso podría ser verdad antes; ahora, afortunadamente, la cosa podía realizarse con toda tran-

quilidad y sin miedo a pescar ni siquiera un catarro.

Yo estaba encantado; pero comprendí en seguida que allí había un deber sagrado que cumplir, por encima del egoísmo de mi propio encanto.

Tuve la suerte de que Dionisio Montes compartiera mi modo de pensar, cuando le dije casi al oído, aprovechando un momento en que la dama que nos acompañaba en el asiento hablaba con los de adelante:

—Vamos a dejar sola a esta gente. Nos lo agradecerán mucho.

—Tiene usted razón: iba yo a proponérselo.

Me lancé decidido a ejecutar lo que Enrique Murger, el autor de "La vida de Bohemia", llamaba un acto de caridad.

—Oiga usted, Juan: ¿quiere usted ser tan amable que me deposite en la puerta de mi hotel?

—¡Cómo! ¿Tiene usted sueño ya?

—Tengo sueño, y además tengo que trabajar un poco antes de meterme en la cama.

—Sí, chico—agregó Dionisio—, yo me voy también. Anda, tira para el centro.

—Como ustedes quieran; pero conste que yo no tengo prisa ninguna.

No era aquello más que una expresión de su innata cortesía; pero, ¡vaya si tenía prisa! Como la tendría cualquiera en su lugar.

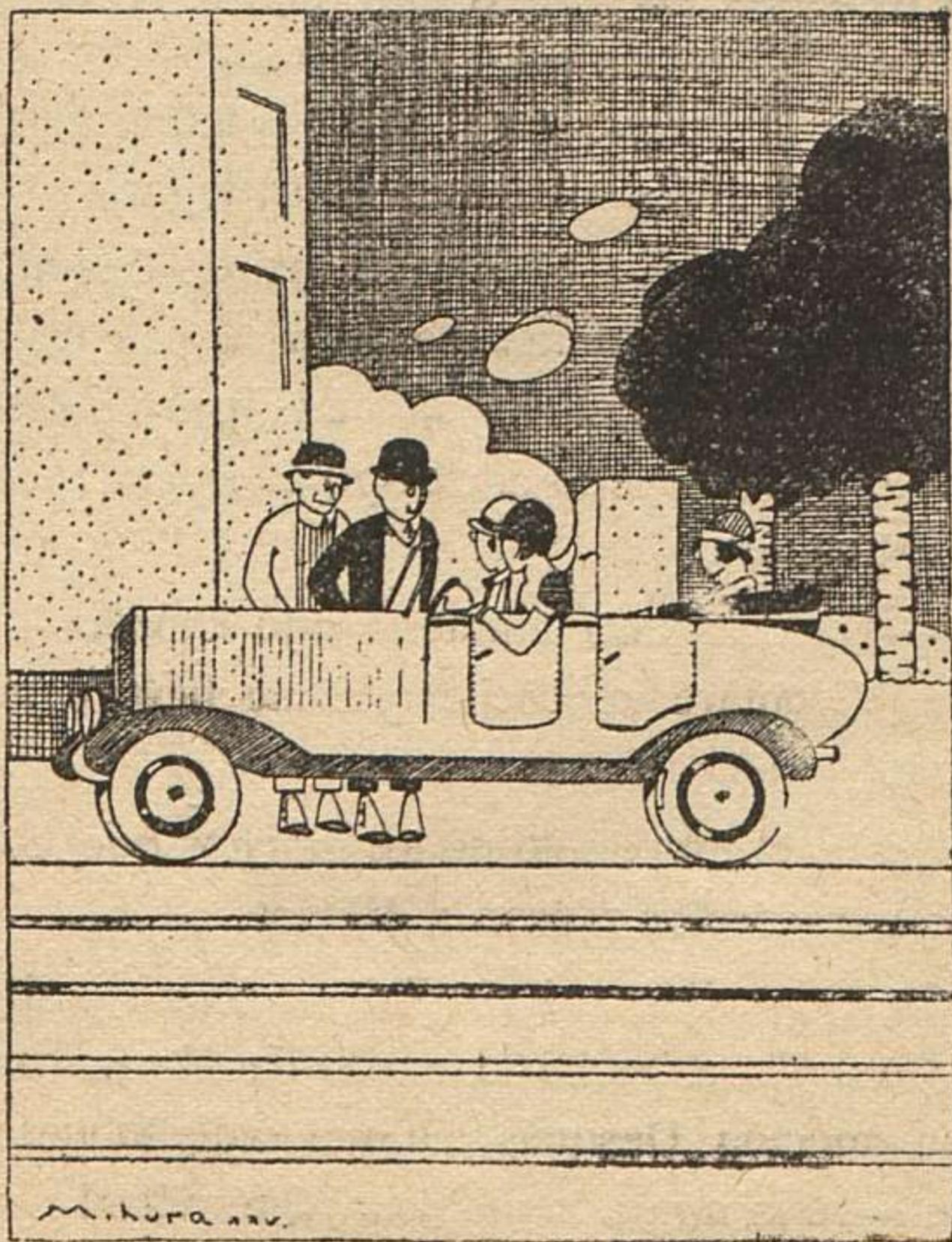
El coche viró a la entrada casi de Chapultepec, y unos minutos después se detenía a la puerta del Hotel Regis, donde, por mi desgracia, viví yo todo el tiempo que permanecí en México.

—Yo me quedo también—dijo Dionisio—. Luego tomaré un coche que me lleve a mi casa.

Vivía en un pueblo de los muchos que, como una escolta rodean a México.

La despedida fué cordial, como no podía menos. Yo estreché la mano de María casi con emoción. Después, sin que nadie lo viese, me llevé la mía a los labios. ¡Qué pillín!

Dionisio Montes subió conmigo a mi habitación; era un trasnochador formidable e inveterado, y para él las tres y media de la



madrugada, que serían ahora, no era el momento de meterse en la cama.

Charlamos durante un largo rato, y las palabras de Dionisio me sirvieron para completar el cuadro, que yo había diseñado a fuerza de conjeturas y suposiciones.

—Ya habrá usted comprendido—me dijo—que esos se vuelven ahora a casa de Juan.

—Me lo he figurado; por eso hemos hecho admirablemente en hacer mutis.

—Desde luego.

—¿Y cree usted que ella pasará la noche allí?

—Tanto como eso no sé.

—Se opondrá, seguramente, la dama que la acompaña.

—No, eso no; la tal dama se lleva muy bien con Zabaleta. Cuando no ha tenido inconveniente en que venga esta noche a comer a su casa, no creo que se oponga a lo demás. ¡Pobre Juan!

—¿Está muy enamorado de ella?

—Hasta las cachas. ¿Usted sabía que ella vivía con él cuando se fué con el ministro?

—¡No!

—Pues sí, señor. Y lo notable es que ella le quería a él.

—Entonces...

—Pero, mi querido amigo, la diferencia en pesos era formidable. Juan no es millonario, ni mucho menos; es un hombre que vive bien, de una familia excelente y que se ha gastado mucho dinero. A María le regaló un automóvil a poco de llegar ella a México.

—El tal ministro debe darla mucho dinero.

—Una cosa loca. Pues ese es el problema. Ella, como habrá usted visto, es muy buena chica y le tenía afecto a Juan; pero se le presentó el caso de elegir entre una cosa que económicamente no le resolvía nada, y otra que era algo así como la apoteosis metálica.

—¿Tanto dinero tiene ese hombre?

—Mucho; maneja mucho dinero. Hoy día, María Saura es, de las... amorosas, la mujer que dispone de más dinero en México.

—Tiene usted razón: es la apoteosis.

Yo, oyéndole, pensaba en algo que muchas veces había oído allá en España. En efecto, ¿cuántas veces allá, entre chicas ale-

gres, artistas y esa clase intermedia que hay ahora de mujeres de alcoba y de tablado, habría yo oído hablar de México como del país ideal donde había que ir para resolver el problema?

Entre ellas se hablaba de aquellas tierras como de algo soñado de lo que aquí no había ni idea. Aquí, mucho duque, mucho marqués y mucho socio de la Peña; pero a la hora de dar el dinero, querían pagar con el honor del ducado o del marquesado, con el postín, como aquí se le llamaba.

Allá en México, según decían, los hombres eran más generosos; el dinero estaba más fácil, se ganaba, por lo visto, con menos dificultad, y continuamente, en esta clase de tertulias madrileñas, se citaban casos prácticos, ilustrando con ejemplos la teoría.

Fulanita de Tal, que había llegado allí de partiquina de una compañía de verso, y amistanzada con un general, volvía al cabo de tres años con unos brillantes del tamaño de zanahorias. La cupletista galante—en el sentido más colchonero de la palabra—Zutanita de Cuál, que, gracias a sus relaciones con

un petrolero de Tampico, era dueña de doce casas en la colonia Roma. La hetaíra Mengana, pasada ya de moda en Madrid, que, apenas traspuestas las cumbres de Maltrata, encontraba otro general que se casaba con ella y le hacía tres hijos en catorce meses...

La lista era interminable. Hernán Cortés, el conocido conquistador extremeño, era, por lo visto, para aquellas chicas una especie de Providencia que había trabajado para ellas con algunos siglos de anticipación. Y aun desquitando lo que de hipérbole hubiera en muchos de aquellos relatos, siempre resultaba verdad que México era para las chicas alegres españolas, que querían cohonestar con un baño metálico el desgaste de su virtud, algo así como una tierra de promisión..., y que perdone la Biblia lo irreverente del símil.

Y resultaba—el caso es harto frecuente en la vida—que la que menos se lo había propuesto, la que con menos vehemencia lo había ambicionado, realizaba el sueño de oro en proporciones a las que no había alcanzado ninguna. María Saura, que fué a Mé-

xico acompañando a su hermana, artista en una gran compañía de verso, no tenía edad al llegar allí para pensar en ciertas cosas; y hoy, a los dieciocho años de edad, estaba rica, rica en joyas, en dinero ahorrado y en otras muchas cosas que llevaba siempre a la vista.

La pequeña realizaba, sin proponérselo, el sueño dorado de tantas mujeres hechas, que luchaban con todas sus fuerzas por conseguirlo. México había sido para la española el país soñado donde las ilusiones se truecan en realidades.

XIII

Pasaron unos días y no volví a saber nada de Juan de Zabaleta.

Dionisio me daba de vez en cuando noticias de él; noticias vagas e inconcretas, que nada significaban.

—Lleva casi una semana sin salir de casa —me dijo un día—. He preguntado por teléfono, por si le pasaba algo, y me han dicho que no.

—¿Y...?

—¿Y qué?

—¿Y ella? ¿No la ha vuelto a ver?

—El lunes la vi cruzar, rauda en su coche, por el zócalo.

—¿Iba sola?

—Con la dama que la acompaña. No me vió ella a mí.

En cambio, la suerte tiene esos caprichos, todos los días, indefectiblemente, en el paseo de coches de la una de la tarde en Plateros nos cruzábamos Dionisio y yo con *él*; es decir, con el respetable miembro del Gobierno que entretenía ahora tan generosamente a María Saura, aunque yo creo que el que realmente se entretenía era *él*.

Dionisio le saludaba; yo, no. No había tenido el gusto de ser presentado, aunque me había cruzado una vez con *él* a las puertas mismas del despacho presidencial, donde yo había acudido a charlar un rato con el pobre general Calles.

El ministro Fulani—le llamaremos así porque es cosa que suena bien—no era un tipo ridículo ni mucho menos: joven aún, nada más que un poco mayor que Juan de Zabaleta; buena figura, expresión inteligente, no tenía ese aspecto repugnante y grotesco que la leyenda atribuye siempre a todo seductor, por dinero, de muchachas jóvenes y bonitas.

De no haber mediado los pesos mexicanos, casi podría decirse que la lucha entre él y Zabaleta por la conquista de Maruja había sido una lucha leal. Aunque, como galán, quedaba Juanito un poco por encima de Fulani.

Una mañana, una de las últimas de mi estancia en México, Dionisio y yo pasábamos en un modesto fordcito por delante del cabaret del Globo. La plana mayor de los fifís mexicanos hacía parada allí, y mientras saludábamos a algunos de ellos, nos llamaron a gritos desde un coche que se cruzó con el nuestro.

El coche era el de Zabaleta, y el que nos llamaba era el propio Juan.

Nos invitó a subir y a continuar con él el paseo; no iba solo: le acompañaba un muchacho español, que llevaba veinte años en México, gran calavera y un poco pependenciero, cuya alegría ruidosa contrastaba con la tristeza habitual del dueño del vehículo.

Dimos aún unas vueltas más por Plateros antes de ir a Pigall's a tonificar con unos co-

ñacs el decaimiento meridiano—del medio-
día—de nuestro espíritu.

Juan iba más triste que nunca. Como ya



creo haber indicado antes, no es la palabra
tristeza la que mejor expresa el estado de
ánimo habitual en Juan de Zabaleta; es me-
lancolía cansada, una depresión fatigosa,

que cuando es puramente de origen patológico y no tiene, como en este caso, un sólido fundamento en la realidad, suele ser el debut de una psicosis maníacodepresiva.

Llevaba él el coche y yo me había sentado a su lado. Continuamente nos cruzábamos con las chicas guapas y las jamonas apetitosas que felizmente concurren a diario al curso de Plateros, y que sólo por verlas vale la pena de hacer un viaje a México.

Juan las conocía a todas ellas, y yo, por carambola, había también conocido a muchas; nos saludábamos al pasar; la vista se recreaba; era verdaderamente aquella la hora del aperitivo. Viéndolas se abrían las ganas de comer y de algo más.

Pero en aquel vermulé, vino de pronto a poner unas gotas de bitter — demasiadas gotas—algo que no se puede llamar imprevisto, porque, realmente, desde que estábamos en el paseo se podía prever.

Fué un sencillo cruce de vehículos, pero un cruce que la fatalidad quiso que se prolongase, pues nuestro auto tuvo que detenerse por haberse estacionado la cola en que iba

metido, y al otro, por su lado, le pasó exactamente lo mismo.

Y en ese otro iba el ministro Fulani, muy echado para atrás en su asiento, saboreando bajo el sol de Plateros el triunfo enorme que era su vida, toda su vida, la pública y la privada, hasta que le llegase la hora de dar cuenta del empleo que había hecho de tanta bienandanza acumulada.

Fué inevitable que Zabaleta y él se mirasen; fué una mirada involuntaria, y como íbamos por el lado izquierdo del paseo, quiere decirse que yo quedaba colocado entre Juan y el auto del ministro; de manera que aquellas miradas, al cruzarse, tenían que pasar su flúido por la punta misma de mi nariz, que, como sabe todo el que tiene el gusto de conocerme, es una punta de tajamar.

Al poco rato de aquello empecé a sentir que mi apéndice nasal se coloreaba. ¡Poder infinito de las miradas! Desde entonces no me choca que haya quien con una de ellas parta los corazones; el cruce de aquellas dos estuvo a punto de dejarme a mí chato.

XIV

Fuí indiscreto, y durante todo el tiempo que los vehículos estuvieron parados me dediqué a mirar alternativamente al rostro de los dos rivales. Mi cuello giraba sin cesar, como si en vez de dos caras mudas y relativamente impasibles, estuviese viendo la faz de dos interlocutores de un rápido diálogo que me obligasen a seguir la alternativa de sus preguntas y respuestas.

El primero que apartó la vista fué Fulani; Zabaleta continuó mirándole hasta que el vehículo pudo ponerse en marcha.

Sería inútil que yo tratase de interpretar lo que había en aquella mirada. ¿Odio?

¿Desprecio? Probablemente de todo un poco, y por encima de todo, un marcado desdén hacia el hombre que para conquistar a una mujer ilusionada, joven y bonita, no ha sabido emplear más armas que las del dinero. Bien es verdad que cada cual usa en la lucha las armas de que dispone.

Yo, que no estaba ni con mucho en el caso de Juan, sentí a la vista de Fulani una cosa que no tengo por qué ocultar: fué envidia, una envidia muy grande hacia el hombre —importándome poco quién fuera éste— que podía acariciar ampliamente el organismo todo de María Saura; sentir a todas horas aquella su voz, que era una mezcla de sonido de nácar y terciopelo; hundir sus dedos en la selva alborotada de su cabellera, reír con ella, contemplarla dormida y despertarla de cuando en cuando.

Feliz mortal, aunque no le sonriera el éxito, como le sonreía, en los otros aspectos de la vida. Cuando él paseaba por Plateros muy echado para atrás en su coche, puede que luciera la satisfacción de sus otros triunfos como político y como financiero; se equivo-

caba: la mayoría de los que al pasar mirábamos la estela de su triunfo, lo que veíamos en él era el amante de María Saura, un amante que no era viejo ni lo suficientemente feo para resultar grotesco en su pasión, y que aunque manejase el dinero como arma de combate, acaso hubiera podido conseguir mucho con la sola exhibición de su persona.

El paseo siguió, pero para terminar en seguida; se diría que el encuentro con Fulani nos había puesto de malhumor, y para desengrasar nos fuimos a Pigall's a buscar en el fondo poco profundo de unas copas de coñac y de habanero el relativo olvido de todas aquellas peripecias.

Yo encontraba, aun antes del tropiezo con Fulani, más decaído a Zabaleta que otras veces; en su decaimiento parecía haber una mayor dosis de resignación que antes, como si después del intento de la noche en que comimos en su casa hubiese comprendido que hay cosas muy difíciles, si no imposibles, de resucitar.

Como sus amigos, con muy buen acuerdo, nunca le hacían la menor alusión a nada que

con la Saura se relacionase, quizá pareciera demasiado atrevimiento el contenido en esta pregunta, que yo le formulé casi a boca de jarro:

—¿Ha vuelto usted a ver a María desde la otra noche?

Los de la tertulia de Pigall's se miraron unos a otros, como diciéndose:

—Este gachupín ha metido la pata.

Sólo Juan, después de apurar un nuevo coñac que Manolito, el dueño, acababa de enviarnos, me miró casi con gratitud y, llevándose un poco aparte de los otros, me dijo:

—No, no la he visto. ¿Qué le pareció a usted? ¿Verdad que es una muchacha muy simpática?

—Lo es; yo me he encontrado pocas mujeres en el mundo que me lo resulten tanto.

—Es lo mejor que hay en México.

—Eso, dicho por mí, no tendría valor, pues llevo aquí muy poco tiempo y no conozco a todas las que pudieran hacerle la competencia a María; pero dicho por usted, que sí debe conocerlas a todas, tiene un valor extraordinario.

—Hombre, yo no me he tropezado nunca con una criatura que me caiga mejor.

Y durante un rato largo, el hombre, sin llegar a la plena confianza, pues su amor era silencioso, se explayó conmigo en una serie de detalles, de referencias y de algo más, que yo, ahora, no supe que tenía el valor de un proyecto.

Cuando nos separamos parecía el hombre más animado. ¡Qué verdad es que el referir las propias penas las aminora!

Esto lo saben muy bien los teólogos, que invocan la confesión como un gran desahogo del alma, y los modernos psicoanalistas, que, llevados de una curiosidad de portera, provocan las confidencias más íntimas del enfermo, con ánimo de procurar su curación.

Yo no soy teólogo ni psicoanalista; pero tomo de la Teología y del Psicoanálisis aquella parte aprovechable que nos ayuda a vivir y a conllevar las peripecias de esta existencia, de suyo miserable.

En el caso de Juan de Zabaleta yo actué un poco de lo uno y de lo otro, aunque sin excederme; le dejaba hablar a él, sin poner

en el diálogo de mi parte más que apenas unos movimientos de cabeza. Y cuando su entusiasmo recordatorio llegaba a rozar en el relato ciertas evocaciones íntimas, yo me guardaba muy bien de preguntar:

—Y ¿cuántas veces, hijo mío, cuántas veces?

Como hacen los confesores, poniéndole a uno, penitente, en un apuro.

XV

La noticia circuló por todo México, y acaso no tardase más de quince minutos en dar la vuelta a toda la ciudad.

Era, desde luego, más importante que cualquier acontecimiento de orden político, o que cualquier noticia de esas que se llaman sociales—bodas, comidas, etc.—, acaso porque sólo interesan a media docena de personas.

En los bares de la Opera y Pigall's, en las aceras de Plateros, fué, desde luego, la noticia más interesante del año.

El lector juzgará, porque la noticia era ésta, sencillamente:

—María Saura se ha escapado anoche de México con Juan de Zabaleta.

A mí me la dió, ¡cómo no!, Dionisio Montes al ir a buscarme aquella mañana para ir juntos a una de las muchas visitas que yo hice a la Penitenciaría Nacional, por aquello de que los delincuentes, ya condenados por la justicia, me han inspirado siempre más simpatía que los que andan sueltos por la calle y con honores oficiales.

Dionisio no me contó la novedad más que de un modo escueto. El no sabía más; pero los que presumían de enterados adornaban la cosa con mil detalles.

Resultaba que los tórtolos habían huído, no sólo de México, distrito federal, sino de México República. La noche anterior, a las siete, el automóvil de Zabaleta había salido de la ciudad conduciendo a la enamorada pareja, él al volante; forzando la marcha, debían estar ya en Monterrey, y, sin pararse, atravesarían la frontera de los Estados Unidos por Laredo, para ir a descansar, por lo menos a San Antonio de Texas.

Otros, que también estaban enteradísimos,

decían que la fuga había tenido lugar en dirección contraria; es decir, los fugitivos habían salido para Veracruz, donde habían llegado por la mañana temprano, y hoy mismo debían haber zarpado en el *Cristóbal Colón*, con rumbo a España, con ánimo de ver si llegaban a tiempo de presenciar el último estreno—¡eso se creen ustedes, que es el último!—de Perico Muñoz Seca.

La gente daba muchos más detalles de la huída: ella había salido de su casa vestida con un traje oscuro muy sencillo, y llevando en un bolso de mano todas las alhajas con que Fulani la había apedreado en aquellos últimos tiempos; él se había marchado vestido de charro para despistar y para ver si la gente podía confundirle con Juan Silveti, el archisimpático lidiador de reses bravas.

A Dionisio y a mí todos esos pormenores nos tenían sin cuidado; en globo, en auto o en camello, lo importante era que la pareja se había fugado. Y la cosa nos parecía muy bien.

A mí, además, la cosa me causaba una ale-

gría extraordinaria. Pocas veces me habré alegrado con más intensidad de una alegría ajena..., y conste que soy de los que se regocijan cuando ven triunfar a un semejante; acaso por eso no he servido mucho para crítico ni para repórter.

Me parecía muy bien aquel desenlace, y hasta me gustaría haber contribuído a él. Lo celebraba por el galán y por la dama, y pensaba en la felicidad de los dos como en un triunfo del sentido común y de la simpatía.

Después de este pensamiento, que honraba a mi buena voluntad, se presentaba otro, al que le di varias vueltas durante algún tiempo:

—¡Una fuga! ¿Y por qué?—me preguntaba yo.

¿Por qué habían de huir aquellos enamorados? El era soltero, vivía solo en México, apartado de su familia, no era, afortunadamente para él, cajero de ningún Banco o Sociedad, ni había tomado parte ahora en ninguna conspiración política; de manera que ¿por qué había de huir?

¿Y ella? Como no fuera por ser aún menor de edad, no veía yo, así de pronto, el

motivo de su fuga. ¿A quién tenía que dar cuenta de su conducta? Podían haberse ido a vivir juntos a casa de él, sin salir de México, y pasear por la ciudad su dicha de enamorados, cosa que, además, no habría chocado a nadie.

Pero de pronto la figura de Fulani se presentó a mi pensamiento. Cierto: era de él de quien huían, y no por cobardía, sino por una elemental prudencia. Por eso no se contentaban con salir de la ciudad; era de la nación de donde querían salir, porque no ignoraban que hasta el último rincón de ella podía perseguirles la saña del ministro burlado.

Muy recientemente había dado el personaje una prueba pública y muy sonada de su poder, la víctima había sido un periódico, que murió a manos de Fulani como muere el toro en la plaza: después de una faena.

María y Juan habían pensado muy seriamente que no había por qué exponerse a actuar de víctimas, cuando con sólo pasar la frontera podían adjudicarse el lucido papel de triunfadores.

* * *

Fueron pasando días, y, en concreto, nadie sabía una palabra de los fugitivos.

¿Dónde estaban? ¿Dónde se habían refugiado por fin? Nadie decía nada que no fuera invención fantástica; y la ausencia de noticias hizo que la noticia y sus comentarios fueran muriendo poco a poco.

A mí me llegó la hora de marcharme también de México. Yo no me iba huído, pero había elegido también la frontera norteamericana para salir del país, pues quería, a mi regreso a Europa, pasar por Nueva York.

Y una buena mañana, a las seis en punto, tomé en la estación mexicana de la Colonia el tren que había de conducirme a Laredo.

El viaje por tren de México a Nueva York es pesado en cuanto a su duración; pero lo hace sumamente ligero la variedad y encanto de lo que va desfilando ante los ojos del viajero. Dura cinco días, y cinco días de tren, con sus noches respectivas, son para asustar a cualquiera, viéndolo así, en larga sucesión, al tomar el billete.

Pero una vez en el tren, empieza el encanto. Tiene México un sabor especial, que

acaso no se pueda decir concretamente en qué consiste; pero que, por lo mismo, atrae al espectador. Los paisajes que se van cruzando hasta llegar a Laredo no es que tengan, salvo algún sitio de excepción, nada de particular; iguales o mejores pueden encontrarse en otras partes del mundo. Pero la variedad de tipos populares que salen al paso del viajero a las estaciones; la misma rase-ra y succulencia de alimentos que se ve uno obligado a consumir; lo pintoresco de las costumbres, entrevistas nada más que al pasar, hacen del viaje una verdadera lección de geografía, que se recibe con mucho agrado y que no da tiempo para pensar en cansancio ni en aburrimiento.

Al llegar la noche, en los trenes mexicanos se duerme como se puede; yo duermo poco en el tren, y ese es problema que no me preocupa.

Muchas veces, en puntos diversos del trayecto, no podía evitarme el pensar:

—Por aquí habrán pasado los tórtolos hace pocos días. Aquí se detendrían aunque sólo fuera a tomar un tente en pie.

Y como corolario lógico de este pensamiento, se me ocurría preguntarme:

—¿Dónde estarán ahora?

No era fácil saberlo ni calcularlo. Seguramente pasaría mucho tiempo antes de que yo supiera nada de ellos; yo, dentro de un mes, estaría en Europa, y, como era natural, allí no llegaría la noticia de la aparición de los fugados, si es que aparecían alguna vez. Y únicamente unos meses o unos años más tarde, al encontrarme yo, donde fuera, con alguien que procediese de tierras mexicanas, le preguntaría:

—Hombre, ¿qué fué de María Saura y de Juan de Zabaleta?

Y me contestaría lo más absurdo, lo más imprevisto.

Pasé la frontera y entré en el país que llaman de la libertad, suponiendo que en el mundo, después de todas las estupideces pasadas, quede aún un rincón donde la libertad no sea un cadáver.

Al día siguiente me desperté muy tarde y me arrojé del *pullman*—tenía cama alta y el acto de levantarse era verdaderamente cosa

de gimnasio—cuando el tren estaba parado.

—¿San Antonio de Texas?—pregunté al mozo del coche, que era mexicano.

—Sí, señor.

Me vestí todo lo de prisa que pude y bajé del coche. La estación, limpia y hermosa como la mayoría de las de los Estados Unidos, estaba llena de trenes que se disponían a partir en todas direcciones. En el andén no había más que los viajeros, pues allá no se suele permitir el acceso a los andenes más que a las personas que han de marchar en algún tren; todo ese elemento pelmazo de las despedidas, que en otras partes estorba y complica lo que podríamos llamar carga y descarga humana, queda aquí retenido en las salas de espera de las estaciones, que precisamente para eso están hechas.

En San Antonio subió gente al tren; yo, al ponerse éste en marcha, me instalé en la ventana de una de las plataformas, con objeto de ver todo lo que se dejase ver de las calles de la ciudad.

Es mi maría en los viajes, sobre todo, cuando paso por primera vez por una ciudad

que vale la pena y por la cual hay muchas probabilidades de que no vuelva a pasar en la vida.

De San Antonio no era mucho lo que se veía, pero sí lo bastante para que se pudiera apreciar la limpieza de unas calles en las que abundaban los jardincitos y los edificios que, aun siendo urbanos, parecen fincas de campo.

Son esos hoteles precedidos de una verja de madera no muy alta, que tanto se ven en los cines; esas pistas asfaltadas, a cuyos lados hay unas tiras de vegetación, y por las cuales se deslizan los autos como si no hicieran ruido ni casi se moviesen.

Pero aquello se acaba en seguida: el tren va de prisa, y pasamos en unos segundos de la ciudad al campo. Bien entendido que el campo en Norteamérica, al menos, en la parte que yo he recorrido, de Laredo a Nueva York, no se distingue de la ciudad más que en que hay menos masas de edificación y, por consiguiente, una abundancia mayor de verdura.

El tipo de casa habitable es el mismo, no

se sabe si porque el campo se ha dejado influir por la ciudad o porque ésta, con muy buen acuerdo, ha ido a tomar del campo el modelo para sus edificaciones.

Las carreteras son calles, con aceras y alumbrado; los grupos de casas no son, como en otras partes, aglomeraciones caprichosas de viviendas; todo en el campo norteamericano está como urbanizado, si es lícita la frase, y esto hace que allí se note apenas el paso de él a la ciudad.

Pero es la hora del *lunch* o almuerzo, y hay que encaminarse al comedor del tren.

XVI

En el pasillo de uno de los coches *pullman* tengo que apartarme para dejar paso a una pareja. Ella pasa por delante de mí muy de prisa, y yo, por fijarme en su cuerpo, que es cosa muy seria, no me fijo en su cara. El, que viene detrás, se pára delante de mí y me llama la atención con estas palabras:

—¡Hombre! ¿Qué hace usted por aquí?

Yo conozco aquella voz. Alzo la cabeza. El que me ha hablado es Juan de Zabaleta; la dama que le precede es María Saura.

Hay las exclamaciones y las preguntas que ya se figurará el lector; en vista del encuentro y de la hora, decidimos irnos juntos a almorzar.

Instalados en una mesa de cuatro asientos —el cuarto, por fortuna, está vacío—, y después de haber pedido dos o tres cosas raras de esas que allí consume la gente con toda seriedad, huevos duros con dulce de ciruelas, jamón con membrillo, té con limón y foiegrás, Juan me cuenta su viaje de novios:

—Desde que salimos de México hasta hace media hora hemos vivido en San Antonio de Texas; hay en la ciudad algunos mexicanos; pero nosotros hemos tenido la fortuna de no ver a ninguno, y si alguno de ellos nos ha visto, o ha hecho como que no nos conocía o no nos ha conocido realmente.

—¡Dios se lo pague!—dijo María.

Yo me fijaba en ella. ¡Caso curioso y, hasta si se quiere, gracioso! Aquella muchacha, en aquellos pocos días, había sufrido una transformación muy parecida a la que se produce en ciertas jóvenes cuando se casan.

No es que hubiese engordado, ¡felizmente! Pero sí parecía más mujer, más madura, como si al romper con la relativa esclavitud que en México la ataba, hubiese ganado en unos

días lo que en muchos meses no se había llegado a desarrollar.

—Ahora vamos a Nueva York—continuó él—. Allí estaremos una temporada, y después, Dios dirá. No tenemos ningún proyecto.

—Hombre, tanto como eso...

—Bueno; ésta quiere que vayamos a California, sobre todo, a los Angeles; ya veremos. A mí, estando al lado de ella, lo mismo me da un sitio que otro.

—Me lo explico perfectamente.

—Hombre, no le pregunto qué se ha dicho en México de nuestra marcha, porque me lo figuro todo.

—Claro. Muchos creen que van ustedes con rumbo a España.

María se indignó:

—¡Qué estupidez! Pero ¡cómo es la gente! De manera que no me he querido marchar hace un mes con mi madre y con mi hermana, y me voy a presentar ahora del bracero de éste para que me hagan la vida imposible. ¡Con lo chismosa que es allí también la gente!

—Tiene usted razón.

—No; yo, a España, tardaré mucho en volver, y el caso es que no sé por qué. No tengo ningún mal recuerdo de allá; pero sí los tengo muy buenos de México, y en México quiero vivir unos cuantos años.

Debió notar en mí un gesto de extrañeza.

—Sí; éste y yo acabaremos por volver allá, más tarde o más temprano. ¿Qué vamos a hacer dando vueltas por esos mundos? El tiempo todo lo borra, y también borrará esto de nuestra fuga.

—Bueno, y ahora, aunque me llamen ustedes indiscreto, yo voy a hacerles una pregunta.

—Venga de ahí.

—¿Hacía mucho tiempo que venían ustedes preparando esto de la fuga?

Juan se echó a reír.

—Esto de la fuga—dijo ella—lo preparamos en tres horas. Yo hace mucho tiempo que tenía deseos de hacer algo que no fuera lo que hacía a diario; yo soy muy aficionada a leer, y, por lo visto, me ha pasado lo

que a don Quijote: los libros se me han subido a la cabeza.

Lo decía sin exaltación, con aquella serenidad alegre con que hablaba siempre, y que demostraba que su cabecita, tan linda por fuera, conservaba en su sitio todos los tornillos. Y esto, tan raro en una mujer, era acaso el mayor encanto de María Saura.

¡Aunque cualquiera sabe cuál era el encanto mayor de una criatura tan llena de ellos!

—Vamos a ver: la noche que comimos juntos en casa de usted, Zabaleta, ¿tenían ya pensado el viaje?

—¡Qué disparate! Si yo le digo algo de eso a María aquella noche, me araña.

—Seguro.

—Bueno, y...

—¿Y qué?

—Pues una cosa en la que he pensado continuamente desde que me enteré de la marcha de ustedes.

—¿Qué es?

—¿Cómo se las han arreglado con la dama

que la acompañaba a usted, María, aquella noche?

Ahora fueron los dos los que rieron de buena gana.

—¿Se acuerda usted la prisa que tenía porque nos marcháramos de casa de éste?

—¡Que sí me acuerdo!...

—Pues ya ve lo que son las cosas—dijo Juan—. ¡A quien se le diga que ella ha sido casi cómplice de la escapatoria...!

—¡Es posible!

—No; lo que pasa es que ella sabe que yo he de volver, y como ha sido acaso la única vez que me ha visto seriamente decidida a salirme con mi voluntad, ha preferido quedarse en México sirviendo de pararrayos con quien usted sabe.

—Vamos, sí: cubriendo la retaguardia.

* * *

Hasta Nueva York hablamos mucho los tres, y hablamos de muchas cosas.

Juan de Zabaleta estaba transfigurado; su melancolía elegante se había quedado muy

atrás, en la ciudad de Hernán Cortés, y ahora mostraba una alegría equilibrada que casaba muy bien con la que fué siempre manera de ser de María. La alegría actual del amigo Juan no tenía nada de tumultuosa ni explosiva, y ello me confirmaba en mi opinión, formulada desde el primer momento, de que el estado de ánimo de Zabaleta no tenía nada de patológico.

Me preguntó con mucho interés por Dionisio Montes, y en el curso de la conversación salió el nombre de un pobre idiota a quien yo había conocido en mis últimos días mexicanos, llegando hasta él precisamente por recomendación de Juan.

Era un sujeto de bastante edad, diputado como él, que ocupaba en la Cámara no sé qué cargo, por aquello de que en México, como en otras partes, los cargos públicos parecen reservados para que desde ellos muestren su ineptitud lo más deleznable de la raza.

Siento no recordar su nombre con exactitud para estamparlo aquí con todas sus letras; sí recuerdo que tenía un apellido de

bestia, algo así como Murciélago, o Novillo, o Foca. Era el tipo perfecto del pedante; hasta en la conversación más íntima—Dionisio y yo fuimos a verle a su casa y nos recibió en latín—empleaba siempre frases hechas y de una oquedad de caracola marina, haciendo pausas y cadencias solemnes, como si estuviera en la tribuna de la Cámara.

Dionisio y yo nos reímos los intestinos en aquella visita, y al recordar ahora con Juan al tipo grotesco, no se reía éste poco también. Hay seres en el mundo cuya sola evocación provoca la carcajada. ¡Pobre señor Cotorra!

Se acercaba el término de nuestro viaje. Yo, desde el primer momento, comprendí la necesidad de dejar sola a aquella pareja en cuanto llegásemos a Nueva York; en la misma estación de Pensilvania sería nuestra despedida, y cada uno por su lado. Nada de citas, nada de entrevistas combinadas; si el azar nos reunía en un teatro o—cosa muy difícil en la inmensa ciudad—nos hacía tropezar al volver una esquina, bien estaba; pero si no..., hasta la eternidad.

UNA ESPAÑOLA EN MEXICO



En México me conocieron y era lógico que mi sola presencia recordase, lo mismo a ella que a él, cosas y personas de México de las que iban huyendo.

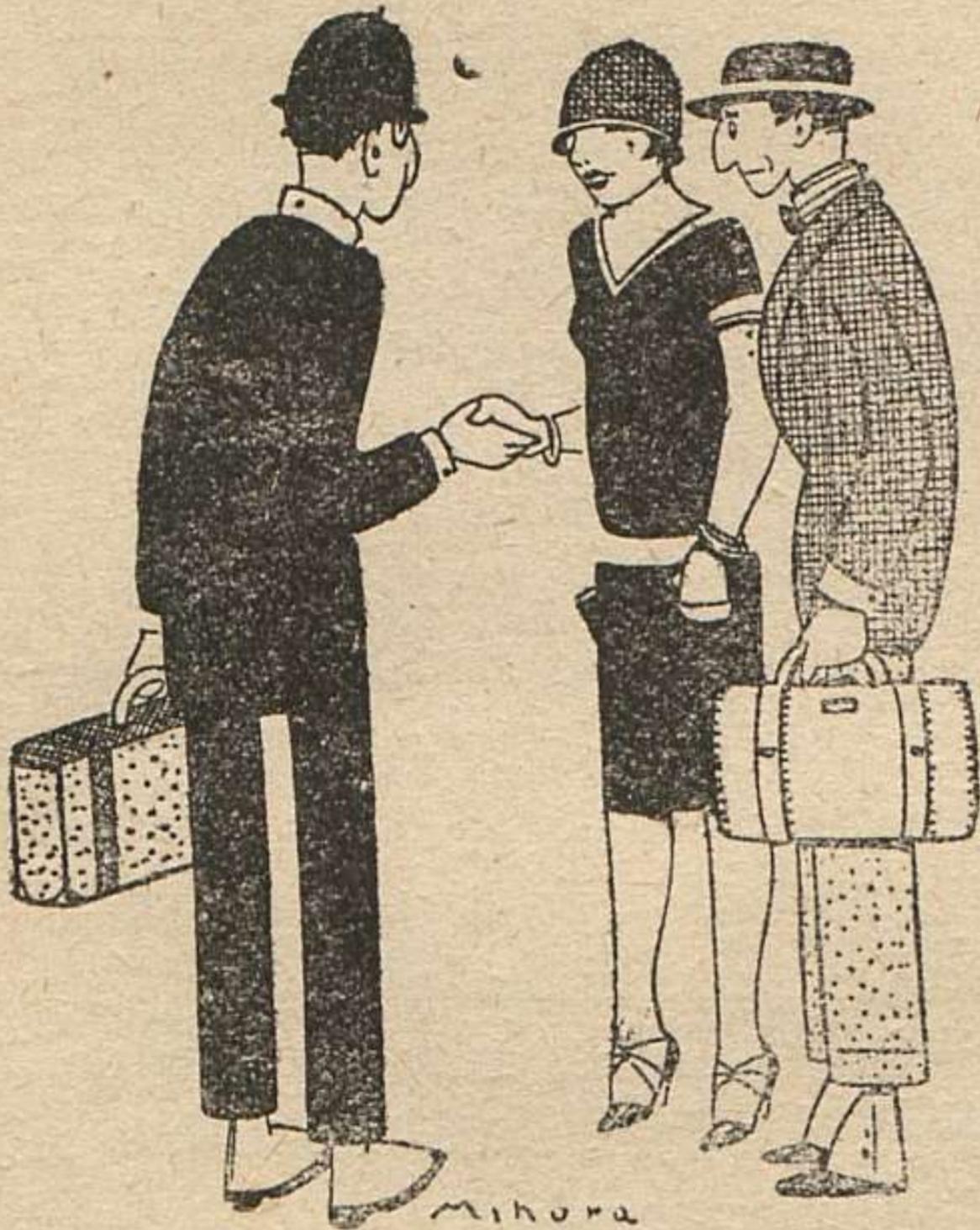
Me propuse, si ellos no me lo decían, no averiguar siquiera el sitio donde iban a hospedarse; pero de nada me sirvió el propósito, pues Juan me dijo espontáneamente que iban al hotel Allamac, donde había muchos cubanos, pero pocos mexicanos.

La noche antes de nuestra llegada, en un gran rato en que María estuvo medio adormilada en su asiento del *pullman*, yo me dediqué a contemplarla.

¡Qué guapa era aquella mujer!

Si hubiera sido antipática, su misma antipatía habría podido defenderle a uno de la sugestión de su belleza, y aun si, bella y simpática, hubiera sido poco inteligente, esta necedad femenina habría sido un antídoto contra el veneno de la hermosura y del buen carácter.

Pero aquella endiablada criatura lo reunía todo. Si yo fuera uno de esos escritores que a sí mismos se llaman psicólogos, diría que



MIRADA
A XV.

estaba enamorado de María Saura. Pero Dios me libre de lanzar a los vientos semejante necesidad.

No se trata de eso. Lo que sí digo es que, enamorado o no, yo habría sido capaz de realizar por ella muchas tonterías, o mejor dicho, muchas locuras, que es el nombre que se le da a las estupideces cuando es el capricho sensual el que las inspira.

Por eso celebraba mucho que nuestras vidas caminasen por rutas tan distintas. Primero, la marcha mía de México, a la cual se anticipó ella con su fuga amorosa, y ahora, esta separación al llegar a la urbe de los rascacielos, inmenso aislador donde todo se diluía, sobre todo, cuando uno no ponía nada de su parte para evitar la disolución.

En el mismo *hall* de la estación de Pensilvania, que es la estación que más se parece a una catedral, nos dimos un apretón de manos los tres.

—Ya nos veremos por ahí—me dijo Juan. Es lo que se dice siempre que no se va uno a volver a ver en una temporada.

Subieron en un *Tellaw*, y yo mismo les ce-

rré la portezuela. Al arrancar el taxis me pareció que era cuando realmente se fugaban.

Me fijé en el chófer que les llevaba, y noté que se parecía bastante al ministro Fulani.

Maguin Balda

3.000
-NC
-LEA
-MURC

